

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Sumario

(Para navegar por la Revista, utilice el **MENÚ DE LA IZQUIERDA**)

SUMARIO

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN, VEINTE AÑOS DESPUÉS (1989-2009)

Presentación

José Lasaga Medina
Coordinador del número

Artículos

La clave está en Berlín. Interpretación histórica de la caída del muro, veinte años después (1989-2009)
Guillermo Á. Pérez Sánchez

Cinco estadistas ante el pacto de la reunificación alemana
Julio Crespo MacLennan

Hannah Arendt y la anticipación de la caída del muro
Agustín Serrano de Haro

El disidente político según Jan Patočka
José Lasaga Medina

Reseñas y noticias bibliográficas

Luis Grau: *Orígenes del constitucionalismo americano / Selected Documents Illustrative of the American Constitutionalism*
Por Manuel Martínez Neira

María Rosa de Madariaga: *Abd el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*.
Por Margarita Márquez Padorno.

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Presentación

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN, VEINTE AÑOS DESPUÉS

Nietzsche hablaba de una "historia anticuaria", forma de interpretar los hechos que se preocupa, sobre todo, de su conservación venerativa y rememoración para edificación de futuras generaciones. Uno de sus instrumentos es la celebración de aniversarios. Así, en este número de Circunstancia evocamos los 20 años de la caída del Muro de Berlín, emblema mediático, moral, estético y, por supuesto, político del fin de una época y el comienzo de otra, cuyo rostro no termina de ofrecerse a la mirada de estudiosos y estadistas. De ahí que haya algo más que "gusto anticuario" al poner nuestra atención, desde el mirador de 2009, en los acontecimientos que sacudieron aquel 1989 y que cambiaron la historia de Europa. También hay un registro "crítico" para ocuparse del pasado, sobre todo cuando éste aún despierta nuestra perplejidad.

Se ha dicho que con la caída del Muro terminaba el siglo XX, al que ya entonces se le comenzó a llamar "el siglo corto" porque habría comenzado en 1914. Siglo fascinante y atroz que anda buscando todavía el epíteto que le haga justicia —siglo de las revoluciones, de la guerra total, del suicidio de Europa, del triunfo de la técnica, de la irrupción de las masas en la historia, de los nacionalismos—, es claro que terminó en 1989 con el definitivo hundimiento y desprestigio de los entusiasmos e ilusiones que alumbraron su parto y cuya resaca padecemos hoy.

Los cuatro artículos que siguen aspiran a evocar algunos hechos, circunstancias, situaciones y personajes que acontecieron en torno a dicho episodio de la historia europea, occidental y probablemente mundial, que puso fin al orden nacido de la Segunda Guerra Mundial y abrió la puerta al mundo que habitamos hoy. El texto de Guillermo Pérez Sánchez ofrece una interpretación histórica del colapso del socialismo real, simbolizado por la caída del Muro el 9 de noviembre de 1989. Le sigue una interpretación política de Julio Crespo MacLennan, centrada en la actitud de los estadistas que lideraban entonces las naciones que habían ocupado Alemania tras su derrota, junto con el representante de la República Federal de Alemania, lógicos protagonistas de los sucesos que terminaron con la rápida e inesperada reunificación alemana. A estos dos artículos de orientación histórica siguen otros dos más bien filosóficos. Primero, un corto y enjundioso ensayo de Agustín Serrano de Haro en relación con la corazonada que tuvo Hannah Arendt, al estudiar los sucesos de la Revolución Húngara de 1956, sobre las disfunciones políticas del sistema soviético, que podrían conducirle a su hundimiento. Finalmente publicamos una reflexión de J. Lasaga sobre la manera en que Jan Patočka, el filósofo checo portavoz de la Carta 77, junto con Václav Havel y Jiri Hájek, interpretó, desde sus presupuestos filosóficos, inspirados en la fenomenología y en la filosofía griega, la figura del disidente.

José Lasaga Medina
Coordinador del número.

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Artículos

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- *La clave está en Berlín. Interpretación histórica de la caída del muro, veinte años después (1989-2009)*
Guillermo Á. Pérez Sánchez
- *Cinco estadistas ante el pacto de la reunificación alemana*
Julio Crespo MacLennan
- *Hannah Arendt y la anticipación de la caída del muro*
Agustín Serrano de Haro
- *El disidente político según Jan Patočka*
José Lasaga Medina

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Artículos

LA CLAVE ESTÁ EN BERLÍN. INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DE LA CAÍDA DEL MURO, VEINTE AÑOS DESPUÉS (1989-2009)

Guillermo Á. Pérez Sánchez

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

“... esto no se puede comparar con la llamada RDA...”

Brigitte Reimann, *Los hermanos*

I. A modo de introducción: Berlín, en la Europa del Este.

II. La construcción del socialismo en Alemania Oriental.

II.1. La crisis de 1953: el estallido de la contestación social.

III. La evidencia de un fracaso: el sistema comunista de la RDA a la defensiva, III.1. La crisis de 1961: La construcción del Muro de Berlín.

III.2. El principio del fin: la RDA en la encrucijada.

IV. El colapso final de 1989: la RDA, paradigma de Estado fallido.

IV.1. La caída del Muro de Berlín.

IV.2. Hacia la reunificación de Alemania: “¡Somos un solo pueblo!”.

V. A modo de conclusión: Berlín, en el centro de la Europa unida.

Notas. Referencias Bibliográficas.

I. A modo de introducción: Berlín, en la Europa del Este

Con la capital del Reich como clave fundamental en el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa, la situación central de Alemania en el Viejo Continente terminó por fijar las zonas de influencia al Oeste y al Este bajo control de los vencedores. Al impulsar la URSS la soviétización de todos los países en su zona de influencia, surgió una nueva realidad geopolítica: Europa del Este, y Berlín dividido su símbolo.

Europa del Este estaba considerada, dentro de las previsiones de Stalin, como una especie de “cordón defensivo o de seguridad”, la frontera del imperio soviético. La división y polarización entre el Este y el Oeste se consumó durante los primeros años de posguerra, cuando las relaciones entre los vencedores se deterioraron irremisiblemente ante la actitud desplegada por la Unión Soviética en su zona de influencia. A partir de este momento esa media Europa fue transformada en un “espacio satelizado” bajo el control absoluto del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). De este modo, el primer proceso revolucionario de la posguerra en la Europa del Este fue consumado por los comunistas entre 1945 y 1948. Cuando se produjo la reacción occidental ya había caído sobre estos países el “telón de acero”. En palabras de Václav Havel, lo que se produjo a partir de ese momento, y durante las cuatro décadas del sistema socialista, fue “la destrucción gradual del espíritu humano, de la dignidad humana básica, el vivir la vida en estado de perpetua humillación”.

El proceso de creación del bloque soviético fue justificado por los teóricos comunistas como la única respuesta posible a la nueva política de Estados Unidos en Europa esbozada por el secretario de Estado norteamericano, James F. Byrnes, en la ciudad alemana de Stuttgart, en septiembre de 1946, al declarar que la paz y bienestar “no pueden comprarse al precio de la paz y bienestar de otra nación” y que los Estados Unidos permanecerían en Europa —en Alemania, en Berlín— el tiempo que fuera necesario. En efecto, la evolución de los acontecimientos hizo que la doctrina de “contención del comunismo” (o doctrina Truman) presentada en 1947 comenzara a aplicarse a raíz del bloqueo de Berlín impuesto por los soviéticos (de la primavera de 1948 a la primavera de 1949), lo que demostró a los europeos occidentales el firme compromiso de la potencia norteamericana con su causa.

II. La construcción del socialismo en Alemania Oriental

En función de los acuerdos de los años bélicos y posteriores a la guerra aprobados por las potencias aliadas, Alemania fue dividida, y en el sector más oriental la URSS comenzó a edificar su peculiar sistema de dominación[I]. Gracias al apoyo del Ejército Rojo, los comunistas alemanes comenzaron a colaborar con las autoridades de ocupación soviéticas en la reorganización del país e impulsaron la unificación con los socialistas, formando el Partido de Unificación Socialista (*SED*)[II]. El siguiente paso consistió en poner en marcha la socialización de la economía con la centralización de todos los sectores productivos y la confiscación de las grandes propiedades agrarias. Al mismo tiempo, los soviéticos —después del fracaso en el bloqueo de Berlín— promovieron la construcción de un nuevo “Estado obrero y campesino” —la República Democrática de Alemania (RDA)— que se constituyó el 7 de octubre de 1949 (el 23 de mayo de ese mismo año, en la zona occidental había sido creada la República Federal —RFA—)[III]. A partir de este momento con los comunistas del *SED*—con Walter Ulbricht al frente— controlando todos los resortes del nuevo Estado, la RDA siguió rápidamente el camino trazado para el resto de las democracias populares. El proceso de centralización del poder y la eliminación de la disidencia[IV] fue paralelo a las colectivizaciones agrarias, al impulso de la industria pesada y a la aplicación de los

planes económicos dirigidos desde el aparato estatal.

Al poco tiempo de la creación de la República Democrática de Alemania salió a la luz pública el alto precio que se estaba cobrando la política socializadora y represiva del régimen comunista[V], en este sentido la función desempeñada por el Partido —y su policía política: la *Stasi*— fue crucial[VI]. La hegemonía de los comunistas dentro del *SED* se logró pronto, ya que les resultó muy fácil desplazar a los socialdemócratas para, con posterioridad, represaliarlos y lograr la unidad ideológica y de acción requerida. Lo anterior impulsó el exilio de alemanes orientales hacia el oeste; así, entre 1949 y 1952, unas setecientas mil personas —según listados todavía incompletos— habían abandonado el "paraíso" de la Alemania del Este. Las consecuencias económicas del éxodo pronto se dejaron sentir en el país, sobre todo si se tiene en cuenta la cualificación laboral de los exiliados, que buscaban en el oeste elevar su nivel de vida[VII].

II.1. La crisis de 1953: el estallido de la contestación social

La contestación interior al sistema del socialismo real no tardó en llegar al nuevo Estado de Alemania Oriental. La primera de las crisis recurrentes estuvo protagonizada por los trabajadores, ya que la política de industrialización a ultranza no era capaz de satisfacer las necesidades primarias de la población; de igual forma, las tensas relaciones entre el poder comunista y las distintas iglesias y la presencia soviética en el país no hicieron más que aumentar el descontento popular durante la primera postguerra.

Las medidas socializadoras no fueron aceptadas de buen grado por toda la sociedad, y tampoco lograron satisfacer las necesidades crecientes de una población que, hasta finales de los años cincuenta, tuvo que soportar el racionamiento de los productos alimenticios. Como sabemos, la imposición de dicha política socializadora y la represión radical condujo al exilio a cientos de miles de personas (muchas de ellas inscritas en las oficinas de la RFA como refugiados, número que se dispararía al sumar los contingentes de población no registrados pero que huyeron igualmente hacia el oeste de Alemania). Dejando a un lado la imagen negativa en el panorama internacional que este éxodo creaba, las consecuencias económicas para la RDA eran nefastas. De este modo, el 9 de junio de 1953 un comunicado del Comité Central del *SED* hacía referencia a una serie de errores cometidos por el Partido en la marcha hacia la construcción del socialismo, y aquél se comprometía a tomar una serie de medidas inmediatas en favor de los grupos de población más desfavorecidos a la vez que trataba también de evitar la salida masiva de alemanes orientales hacia la República Federal.

Sin embargo, ni esta nueva orientación pudo evitar la explosión de huelgas y manifestaciones entre el 16 y el 17 de junio de 1953 que, partiendo de Berlín Este, se extendieron por otras zonas de la RDA. Varios edificios del Partido fueron asaltados, vehículos oficiales y símbolos socialistas quemados y, en definitiva, la vida de Berlín y de otros centros industriales del país se vio alterada profundamente. La comandancia soviética hubo de movilizar tropas para apoyar a la policía germano-oriental en la represión del movimiento de protesta. Los principales dirigentes de la revuelta fueron encarcelados y algunos de ellos sometidos a tribunales militares y ejecutados; muchos de los manifestantes detenidos perdieron sus puestos de trabajo. El movimiento de contestación social hizo reflexionar a las autoridades —el 21 de junio, el Comité Central del *SED* aprobaba un plan de mejora de las condiciones de vida de la población (aumento de jornales, reducción del coste de los productos alimenticios y de primera necesidad, bajada de las tarifas de transporte, mejora de las pensiones)—, pero ya nunca pudieron desprenderse del estigma de la represión armada lanzada contra la población el 17 de junio. Como escribió François Furet, en esos días "se levanta la primera gran rebelión popular contra el comunismo desde la de Kronstadt: la de los obreros de Berlín Oriental, que protestan por el aumento de las normas de producción, que exigen elecciones libres y maldicen al trío Ulbricht-Pieck-Grotewohl. El día 18, la intervención de los tanques soviéticos acaba con la insurrección. El día 19, son condenados a muerte por los tribunales militares soviéticos e inmediatamente ejecutados 19 'provocadores'"[VIII].

III. La evidencia de un fracaso: el sistema comunista de la RDA a la defensiva

III.1. La crisis de 1961: la construcción del muro de Berlín

El caso de Berlín era paradigmático de las desiguales relaciones entre los dos estados alemanes. De los dos millones de personas que se calcula que pasaban diariamente de un lado a otro de la ciudad a finales de los años cincuenta, más de cincuenta mil trabajaban en la zona occidental pero consumían en el este, lo cual generaba una demanda imposible de abastecer por las autoridades comunistas, y esto sin contar el caos derivado de la circulación de dos monedas distintas. En otro orden de cosas, y como en tantas ocasiones se ha recordado, Berlín Occidental constituía el símbolo más acabado del enfrentamiento entre dos mundos: para el ámbito capitalista, suponía una avanzada democrática en el corazón mismo del bloque soviético; para el ámbito socialista, una gran base militar del imperialismo capitalista.

Para terminar con todo atisbo de contestación y con el propósito de evitar salidas masivas —la sangría demográfica era incontenible: hasta ese momento casi tres millones de alemanes del este habían abandonado el Estado "de los obreros y campesinos" para refugiarse en la República Federal—, las autoridades estealemanas, apoyadas por Moscú, optaron por romper los vínculos con el oeste y para ello optaron por la vía radical del cierre de la frontera (en clave, conocida como operación "Rosa")[IX]: el 13 de agosto de 1961 ordenaban levantar el Muro de Berlín.

Cuando la noche de ese 13 de agosto tropas del ejército y voluntarios del Partido y del Sindicato cerraban los pasos entre los dos sectores berlineses alzando alambradas de espinos y más tarde un muro de cemento a lo largo de más de cuarenta kilómetros, la esperanza de salir del país desapareció para muchos alemanes orientales que pretendían buscar aires de libertad en el "otro lado" de Alemania[X]. Como ha escrito Hans-Joachim Maaz, fundador de la Academia de Psicología Profunda de la República Democrática:

"La RDA fue el símbolo de una vida amurallada y limitada. Muros, alambre de púas y orden de tirar constituían el marco exterior para que pudieran desfogarse en el interior del país un sistema de educación represivo, estructuras autoritarias en todos los campos de la sociedad, un aparato de seguridad intimidante y un sistema de condicionamiento banal, pero muy efectivo, con premios y castigos, para el sometimiento de un

pueblo (...)."[XI]

III.2. El principio del fin: la RDA en la encrucijada

Las sucesivas crisis de Berlín Este —y los flojos resultados de la actividad económica—, llevaron a los dirigentes del Partido a plantear en 1963 un "nuevo sistema económico"[XII] que, sin olvidar el principio planificador ni el control estatal sobre el proceso productivo, pretendía otorgar mayor decisión a los centros industriales y extender a todos los sectores económicos los incentivos laborales con el objetivo básico de mejorar la productividad. Ello hizo posible que en un primer momento (al finalizar la década de los sesenta) mejoraran los resultados de la actividad económica y también el propio nivel de vida de la población. Así las cosas, el sistema comunista daba la impresión —que resultó ser falsa— de estar asentado en la República Democrática de Alemania. El nuevo hombre fuerte del régimen —una vez desplazado W. Ulbricht— era E. Honecker que, nombrado en 1971 Primer Secretario del Partido, lograba hacerse en 1976 con la presidencia del Consejo de Estado, acumulando en su persona las más altas magistraturas del poder comunista. En estos años, otro de los objetivos primordiales del régimen fue lograr su reconocimiento internacional y la normalización de sus relaciones con la otra Alemania: el 21 de diciembre de 1972 era firmado un Tratado Fundamental entre la República Federal y la República Democrática, en el cual ambos países reconocían sus respectivas soberanías.

Al mismo tiempo, Honecker, respaldado en el interior por el aparato del Partido, quiso dejar su impronta en la construcción del socialismo en la RDA. Así, alentó la creación de grandes centros industriales ("*Combinats*") y reorientó la política de precios oficiales para adecuarlos a las pautas del mercado internacional. Todos estos cambios económicos, sin embargo, no lograron sanear las estructuras productivas, viciadas por la práctica planificadora: el desarrollo extensivo daba muestras de haber llegado al límite de sus posibilidades. Ello produjo el crecimiento vertiginoso de la deuda y un descontento social generalizado que llevaría al finalizar la década de los ochenta a la desintegración del Estado estealemán "de los obreros y campesinos".

IV. El colapso final de 1989: La RDA, paradigma de Estado fallido

La contestación al sistema socialista de tipo soviético impuesto en los países de Europa del Este tomó nuevos bríos a mediados de la década de los setenta. Fue precisamente en esos años cuando el bloque soviético empezó a ser considerado en círculos intelectuales y políticos cada vez más amplios de Occidente una nueva "cárcel de los pueblos". A partir de ese momento la disidencia —futuro embrión de la oposición— fue perfilando toda una serie de reivindicaciones básicas con el objetivo de salir de la crisis económica, recuperar la dignidad social y alcanzar la plena soberanía política, rechazando los planteamientos imperialistas de la URSS. De una u otra manera, dichas reivindicaciones fueron tomando cuerpo en países como Polonia, Hungría, y posteriormente, por efecto en cadena, en la República Democrática de Alemania o en Checoslovaquia. La estrategia de la disidencia varió ostensiblemente con respecto al pasado: ya no se trataba de comunistas reformistas, creyentes en la renovación por medio de la transformación de los partidos comunistas, sino de una nueva ola de disidentes fuera de las estructuras del Partido que, apoyándose en la palanca de los derechos humanos, pretendían sin más la ruptura total con el sistema comunista para construir en su lugar el Estado de Derecho en el cual la sociedad civil fuera la dueña de sus destinos.

En el desarrollo de los acontecimientos fue de gran importancia la celebración de una "Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa" (CSCE). Tras varios años de reuniones y consultas diplomáticas, la CSCE dio sus frutos al firmar todos los países participantes su Acta Final, en Helsinki el 1 de agosto de 1975. Hasta ahora no se ha resaltado debidamente la trascendencia de esta firma para el futuro de los países del Europa del Este. En general, hasta la crisis final de los años ochenta los observadores pensaban que sólo había beneficiado a los soviéticos y a sus intereses exclusivos en la zona, al consagrar la división de Europa en función de los acuerdos posbélicos y la vigencia de la doctrina de "soberanía limitada". Sin embargo, la *intelligentsia* disidente percibió en el protocolo final de Helsinki —y en especial en los puntos I (entre otras cosas, sobre límites fronterizos) y VII (sobre Derechos Humanos)— una ventana abierta a la esperanza. En este sentido, el Punto I de dicho protocolo supondría quince años después la justificación formal para consumar el proceso de reunificación de Alemania:

"En el contexto del derecho internacional, todos los Estados participantes tienen iguales derechos y deberes. Respetarán el derecho de cada uno de ellos a definir y conducir como estime oportuno sus relaciones con otros Estados, de conformidad con el derecho internacional y en el espíritu de la presente Declaración. Consideran que sus fronteras podrán ser modificadas, de conformidad con el derecho internacional, por medios pacíficos y por acuerdo. También tienen el derecho de pertenecer o no pertenecer a organizaciones internacionales, de ser o no ser parte en tratados bilaterales o multilaterales, incluyendo el derecho de ser o no ser parte en tratados de alianza; tienen también el derecho a la neutralidad."[XIII]

Así, inesperadamente, las concesiones tácticas hechas para tranquilizar las buenas conciencias occidentales cuando mayor parecía la potencia del bloque soviético, resultaron decisivas para poner en marcha una nueva corriente contestataria que, a finales de los años ochenta, consiguió todos sus objetivos. En esos momentos, el mecanismo económico inspirado en el socialismo de tipo soviético que durante décadas se aplicó en los países de la Europa del Este había fracasado en su empeño modernizador. La situación socioeconómica resultante y la actuación al mismo tiempo de toda una serie de factores internos (los partidos comunistas, la disidencia opositora, las iglesias y la sociedad civil) y externos o "catalizadores" (la Unión Soviética, la Santa Sede y Occidente)[XIV], hizo entrar en crisis terminal al sistema del socialismo real motivando la desaparición de los regímenes comunistas instalados en la zona después de la Segunda Guerra Mundial. En esta comprometida actitud por parte de Occidente de rechazo al sistema soviético, y su clamor ante la ignominia que representaba el Muro de Berlín, destacó el papel desempeñado por el Presidente Ronald Reagan, quien en su visita a Berlín Oeste, en junio de 1987, pronunció las siguientes palabras:

"¡Secretario General Gorbachov! Si busca usted la paz, si busca la prosperidad para la Unión Soviética y Alemania del Este, si busca la liberación, venga a esta Puerta [la Puerta de Brandenburgo], señor Gorbachov. Abra esta Puerta. Derribe este muro ["*Tear down this wall!*"], señor Gorbachov."[XV]

Desde un punto de vista endógeno el factor catalizador clave, además de de la evolución de la crisis en el

propio sistema soviético, resultó ser el Secretario General del PCUS, Mijail Gorbachov, nombrado para el cargo en marzo de 1985, y su "nuevo pensamiento" en política exterior (gracias al cual se pudo dar por enterrada en octubre de 1989 la doctrina de "soberanía limitada"). El máximo dirigente de la URSS se preocupó de explicar con claridad que su país no interferiría en las decisiones de política interior y exterior que adoptasen los países aliados del Pacto de Varsovia. En otras palabras, que la Unión Soviética no volvería a actuar militarmente en la Europa del Este como había sido la norma en el pasado. En las circunstancias actuales, según Gorbachov, "la estructura de las relaciones políticas entre los países socialistas debe basarse estrictamente en una independencia absoluta"[XVI].

El desolador panorama económico de Alemania Oriental y la creciente protesta social no iban a encontrar respiro en el centro hegemónico soviético: el programa de cambios estructurales impulsado por Gorbachov pronto afectaría a sus aliados. La gerontocracia de Alemania del Este no parecía dispuesta a seguir la pauta liberalizadora de Moscú en un momento en que, a la vez, las presiones de los países occidentales tomaban también, la misma dirección en este sentido. Para Honecker, la *perestroika* no tenía viabilidad y sólo generaría el caos. En todo caso, la cerrazón del viejo líder socialista y sus más allegados les impedía hacerse cargo de una realidad que ya les estaba superando.

IV.1. La caída del muro de Berlín

Si Polonia —sin olvidarnos de Hungría[XVII]— fue considerada clave en el inicio del colapso del socialismo real, la República Democrática de Alemania, por su especial significación en el *statu quo* entre el Este y el Oeste, contribuyó de manera definitiva al triunfo de las reformas democráticas y al colapso del totalitarismo en el resto de países del antiguo bloque comunista. La ciudadanía de la RDA atravesaba una etapa de desmoralización generalizada en contraste con la República Federal. Los acontecimientos empezaron a complicarse a las autoridades comunistas al manipular y falsear los resultados de las elecciones municipales del 7 de mayo de 1989[XVIII]. Ante tal estado de cosas, se multiplicaron las peticiones de salida para la Alemania del Oeste y durante el verano de 1989 se produjo el gran éxodo hacia la otra Alemania, a través de Hungría y Austria. Durante todo el año de 1989 salieron de la RDA 343.854 personas[XIX].

Al mismo tiempo, los sectores más sensibilizados de la población (el embrión de la futura oposición) comenzaron a movilizarse ante lo que ellos consideraban la militarización a ultranza de la sociedad tanto por medio de la aplicación de nuevas leyes represivas (la de 1984 contra los responsables de los desórdenes públicos, entre otras) como el reforzamiento de la "educación patriótica"; la disidencia se mostró firmemente dispuesta a rechazar la política impulsada por el Partido y en concreto la consigna de la "paz armada" invocada constantemente por Erich Honecker. A pesar de las proclamas del régimen comunista, de la fe recalitrante de los intelectuales más izquierdistas —para los cuales todavía se podía construir el socialismo en tierra alemana—, o del colaboracionismo de algunas confesiones religiosas —el presidente de la Federación de las Iglesias Evangélicas de la República Democrática, Werner Leich, en la celebración del décimo aniversario de los últimos acuerdos firmados con el Estado (conocidos como el *modus vivendi*) animaba a las autoridades a "crear una sociedad socialista de rostro humano"—, las señales del final de una época comenzaban a ser percibidas[XX]. En las postrimerías de 1988 *Radio Libre de Europa* anunciaba que "el final de la era Honecker no podía estar lejano".

Dentro de este ambiente de desmoralización generalizada en el que se encontraba la ciudadanía estealemana, comenzaron a surgir grupos de posición de carácter pacifista y ecologista como, por ejemplo, "Iniciativa por la Paz y los Derechos Humanos" creado en 1985 por Gerd Poppe y Wolfgang Templin; o la "Biblioteca del Medio Ambiente" fundada en 1986 en Berlín. Al mismo tiempo, comenzaron a realizarse en la iglesia de San Nicolás de Leipzig unas plegarias o veladas con carácter semanal, las cuales fueron prohibidas por el régimen. A partir de este momento la *Stasi* no cejó en su lucha contra esta mínima oposición bien fuera deteniendo a sus promotores, clausurando sus sedes o censurando todo tipo de publicación contraria a las tesis oficiales, como sucedió en octubre de 1988 con la revista *Sputnik*. Ello no desanimó a la disidencia, la cual logró institucionalizar las concentraciones semanales de los lunes por la tarde en las principales ciudades del país; y una serie de organizaciones fueron creadas en 1989 con el propósito de forzar la democratización del régimen, aunque todavía en clave socialista. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a "Nuevo Foro", dirigida por Bärbel Bohle; a "Renovación Democrática"; o también a "Democracia Ahora" impulsada por Ulrike Poppe junto con sus *Doce tesis para la democratización de la RDA*.

Desde comienzos de 1989, los acontecimientos pusieron en evidencia al régimen del *SED*, el cual sólo fue capaz de actuar a la defensiva de enero a noviembre. Las autoridades del Partido, en su intento de preservar el monolitismo del sistema, se obsesionaron en la persecución de "contrarrevolucionarios" y E. Honecker no cesaba de afirmar la "fuerza inquebrantable del socialismo", anunciando que "nada ni nadie detendrá su marcha". En efecto, en un primer momento, el Gobierno comunista no varió sus planteamientos dogmáticos, ni siquiera cuando, con motivo del cuadragésimo aniversario de la República Democrática, el 7 de octubre de 1989, la oposición al régimen expresó su repulsa ante la situación del país y exigía la democratización del mismo. Ésta, durante la primera quincena de octubre, lograba sacar a la calle a la población en las principales ciudades del país: Leipzig, Dresden o el mismo Berlín Oriental; cabe destacar las manifestaciones del 9 y del 16 de octubre, en donde las consignas fundamentales fueron "¡Nos quedamos aquí!" y "¡El Muro debe caer!". Ante el desarrollo de los acontecimientos fueron los comunistas renovadores los que, con el apoyo tácito de Moscú (recuérdese la advertencia de Gorbachov al máximo dirigente del país en el 40º aniversario de la creación de la RDA: "al que llega demasiado tarde, la vida se lo hace pagar"), obligaron a Honecker el 17 de octubre a abandonar todos sus cargos en el Partido y en el Estado por "motivos de salud": era reemplazado al frente del Partido por Egon Krenz, el cual se comprometió a impulsar la reforma en las estructuras del régimen.

Sin embargo, a estas alturas las promesas oficiales, comenzando por una amnistía a los prisioneros políticos o facilidades para poder salir del país, ya no eran suficientes para la vanguardia de la sociedad civil. La oposición al régimen cada vez adquiría más fuerza. Así las cosas, especialmente importante fue la manifestación y concentración del 4 de noviembre en la *Alexanderplatz* de la antigua capital imperial: medio millón de personas no cesaron de exigir la construcción del Estado de Derecho, el restablecimiento de las libertades formales de asociación, reunión y expresión y la convocatoria de elecciones libres y democráticas.

Todas estas acciones estaban prefigurando el futuro de la República Democrática. Sin solución de continuidad, el 7 de noviembre, el Gobierno estealemán encabezado por Willy Stoph presentaban su dimisión, y lo mismo hacía un día después el Politburó en pleno. El 9 de noviembre de 1989 a las siete de la tarde las autoridades anunciaban por medio de Günter Schabowski la apertura del Muro de Berlín —lo que paulatinamente, a medida que pasaban las horas y comprobarse que era cierto, comenzó a ser celebrado con júbilo por la población—[XXI] y el propio Krenz prometía la celebración de elecciones libres. Unos días después, el 13 de noviembre, Hans Modrow era nombrado Primer Ministro, y un nuevo Gobierno era constituido con la inclusión de personalidades de la oposición democrática; pero ni los buenos oficios reformistas del jefe del ejecutivo lograron detener la descomposición del Estado.

IV.2. Hacia la reunificación de Alemania: "¡Somos un solo pueblo!"

La pérdida del rumbo por parte del Partido y del Gobierno dio alas a la oposición y a toda la sociedad civil en su empeño de terminar con el sistema comunista y con el propio Estado germanooriental. Si los ciudadanos tuvieron en primer momento como objetivo político la reforma de su propio país —"¡Somos el pueblo!" ("Wir sind das Volk!")—, a partir del 20 de noviembre aspiraban ya a la unidad de toda Alemania: "¡Somos un solo pueblo!" ("Wir sind ein Volk!"). Se había hecho realidad el sueño de Martin Walser, tal como lo expresaba en un artículo publicado en 1988 en *Die Zeit* al referirse a su "nostalgia de un Estado alemán reunificado; un sueño que sólo sería posible realizar gracias a un improbable movimiento popular"[XXII].

Ante el vacío de poder cada vez más evidente, el 1 de Diciembre era abolido el principio constitucional del "papel dirigente" de la sociedad atribuido al Partido Comunista y el *SED* dejaba de ejercer la dirección de la política del Estado "de los obreros y campesinos". El 3 de diciembre dimitía Krenz y tres días más tarde todo el Comité Central. A finales de diciembre, el Congreso extraordinario del *SED* (ya sólo con un millón escaso de afiliados) abjuraba de la referencia ideológica al marxismo-leninismo y se redefinía como marxista y socialista; la organización tomaba el nombre de Partido del Socialismo Democrático (*PDS*) y elegía como presidente de la misma a Gregor Gysi, un abogado de talante reformista. Peor suerte corrieron las asociaciones de masas —antiguas correas de transmisión del Partido— como la Confederación Sindical Alemana Libre o la Juventud Alemana Libre que, sin poderse adaptar a los nuevos tiempos, desaparecieron. El régimen del socialismo real en la Alemania del Este había dejado de existir. Por tanto, al terminarse el año 1989, se cerraba el "problema alemán".

Rápidamente, las demás fuerzas políticas se reestructuran de cara a un incierto futuro. A finales de diciembre de 1989, Lothar de Maizière, responsable del partido cristianodemócrata en la Alemania Oriental, anunciaba que el gran objetivo de su organización era la reunificación con la República Federal (el 28 de noviembre el canciller Kohl había hecho público en el *Bundestag* su programa de los "Diez Puntos" para la reunificación, que se resumía en formalizar en primer lugar una Confederación para llegar finalmente a la Federación); por su parte, el Gobierno de Modrow hablaba de una "comunidad contractual"; pero, finalmente, terminaba por ceder ante el empuje de la oposición y el 5 de febrero de 1990 era formado un Gobierno de "responsabilidad nacional" con los principales dirigentes de aquella, cuyo primer acuerdo fue adelantar la convocatoria de elecciones libres al 18 de marzo. Ante la evolución de los acontecimientos —especialmente la salida masiva de personas en dirección a la Alemania del Oeste (de 1.500 a 2.000 al día)— Kohl rectificaba su primer proyecto y pasaba a proponer con carácter de urgencia un plan de unión económica, monetaria y social.

Para afrontar las elecciones a la *Volkskammer* con ciertas garantías algunos partidos y organizaciones políticas procedieron a establecer una serie de coaliciones electorales. Así, fue formada "Alianza por Alemania" por los cristianodemócratas (*CDU* y *CSU*) y Despertar Democrático; "Alianza de los Demócratas Libres" por los partidos liberales (*LDP* y *FDP*); y "Alianza 90" por movimientos cívicos. Entre los restantes partidos que acudieron a los comicios estaban también el Partido Socialdemócrata (*SPD*), Partido del Socialismo Democrático (*PDS*), Partido Campesino (*DBD*), Partido Nacional Demócrata (*NDPD*) o los Verdes.

En dichas elecciones, la coalición "Alianza por Alemania" dirigida por los cristianodemócratas de De Maizière, obtuvo la victoria con el 48 por ciento de los votos y 195 escaños de 400; por su parte, los socialdemócratas del *SPD* lograron algo más del 21 por ciento de los sufragios y 87 escaños; los antiguos comunistas —ahora con el nombre de Partido del Socialismo Democrático (*PDS*)— llegaron al 16 por ciento de los votos y 65 escaños; y los liberales, el 6 por ciento de los sufragios y 21 escaños; "Alianza 90" sólo pudo conseguir el apoyo del 3 por ciento de los electores y 12 escaños; los Verdes y el *DBD* 8 escaños cada uno de ellos; y el *NDPD* y otras agrupaciones, 2 escaños respectivamente. En cierto modo, los resultados electorales constituyeron una sorpresa, no tanto por el triunfo de la "Alianza por Alemania" (confirmado en las elecciones locales del 6 de mayo), como por el escaso respaldo que recibió "Alianza 90" teniendo en cuenta el papel desempeñado por los movimientos cívicos en los años clave; también fue muy significativa la derrota del *SPD*, partido sin vinculación al bloque comunista en la antigua RDA. Sin embargo, dichos resultados demostraron, entre otras cosas, la decisión de los alemanes orientales de caminar decididamente a la reunificación de Alemania que desde el Oeste estaba auspiciando el líder del *CDU* y canciller de la República Federal, Helmut Kohl, quien, sin lugar a dudas tenía muy presentes las palabras de Konrad Adenauer:

"Tendremos que estar alerta si llega ese momento. Si parece inminente y existe una ocasión favorable, no debemos dejarla pasar."[XXIII]

El 4 de abril de 1990 quedaba constituido el nuevo Gobierno de la República Democrática encabezado por Lothar de Maizière, el líder de los cristianodemócratas de Alemania del Este. A partir de ese momento, su principal objetivo fue impulsar el proceso de reunificación. Así, el 18 de mayo era firmado el "Tratado Interestatal de Unión Monetaria, Económica y Social" entre la República Democrática y la República Federal cuya entrada en vigor quedaba fijada para el 1 de julio. Sin solución de continuidad, la nueva Cámara de la RDA daba el 23 de agosto el visto bueno a la incorporación de los territorios del antiguo Estado estealemán (reconvertidos en Estados federales el 22 de julio) a la República Federal, ello en virtud del artículo 23 de la Ley Fundamental. Dicho artículo para la reunificación había sido preferido por la mayoría parlamentaria al 146 que, de hecho, hubiera significado la apertura de un proceso constituyente. El 31 de agosto era rubricado en la *Kronprinzenpalast* de Berlín el "Tratado de Unificación" ("*Einigungsvertrag*"), que fijaba las "modalidades de

transición y de adaptación de los dos sistemas en los campos jurídicos, económicos y sociales”.

En paralelo con la evolución de los acontecimientos de carácter interno en los dos Estados alemanes, debemos tener en cuenta también el proceso que hizo posible toda una serie de acuerdos internacionales en relación con la unificación de Alemania. La coyuntura favorable por la que pasaron las relaciones exteriores entre las grandes potencias, especialmente en el terreno del desarme —tal como se demostró en la Conferencia de Ottawa de febrero de 1990, de gran trascendencia para Europa—, fue aprovechada de manera magistral por el canciller germano-oriental, Kohl, para obtener garantías de Gorbachov en relación con su plan sobre la futura unificación alemana; el 15 de marzo del mismo año, el jefe del ejecutivo alemán lograba también el pleno apoyo de la Comunidad Económica Europea a sus proyectos [XXIV].

Todo ello hizo posible que, a partir de la primavera de 1990, el proceso de unificación de Alemania fuera abordado de manera conjunta por las potencias de ocupación y los propios interesados, dando lugar a las negociaciones de la llamada “Conferencia 4+2” (Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia, por un lado; y los dos Estados alemanes, por el otro). Estas conversaciones fructificaron rápidamente. En el inicio del verano, 21 de junio, el *Bundestag* de la República Federal y la *Volkskammer* de la República Democrática salvaban un importante escollo diplomático al reconocer la actual frontera entre Alemania y Polonia de la línea Oder-Neisse. Con esta demostración de buena voluntad por parte de los legítimos representantes del pueblo alemán, el 17 de julio —después de una reunión entre Kohl y Gorbachov— la URSS ratificaba de los acuerdos de la “Conferencia 4+2”, la cual había aceptado la consumación de la unificación de Alemania, sin que ello supusiera menoscabo de ninguno de sus derechos en cuanto a su libre adscripción a los tratados interestatales: en otras palabras, la Alemania unificada podía encuadrarse dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Finalmente, el 12 de septiembre de 1990 firmaban los cuatro ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro antiguas potencias de ocupación, el ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal y el jefe de Gobierno de la República Democrática, el “Tratado sobre el Reglamento definitivo de la Cuestión Alemana”, el que devolvía el ejercicio de la plena soberanía a la nueva Alemania unificada. Lo anterior era un hecho consumado el 3 de octubre, fiesta nacional desde entonces, momento en el cual los *Länder* de la extinta República Democrática quedaban plenamente integrados en la República Federal con el amparo de la Ley Fundamental. El 2 de diciembre de 1990 tenían lugar las primeras elecciones generales en la nueva Alemania unificada.

V. A modo de conclusión: Berlín, en el centro de la Europa unida

Cuarenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial y del comienzo de la Guerra Fría, el *statu quo* de una Europa dividida en dos zonas irreconciliables comenzó a resquebrajarse. Con la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, se produjo el colapso del socialismo real que durante más de cuatro décadas sojuzgó a los pueblos de la Europa del Este soviético. Con la desaparición de los regímenes socialistas los países de la antigua Europa Este, por primera vez en libertad después de 1945, acometieron la extraordinaria tarea de transformación de sus estructuras políticas, económica y sociales (la Triple Transición).

En función de la evolución de los acontecimientos que se estaban produciendo en esa parte del Viejo Continente, Václav Havel comentó certeramente que “el proceso de integración europea no se detendrá con la reunificación de Alemania; debe continuar, porque sólo entonces Europa será un lugar seguro para Alemania. Y sólo entonces será Alemania un lugar seguro para Europa”. A partir de ese momento, todos los países de Europa central y suroriental comenzaron a debatirse entre un pasado traumático y un presente difícil, aunque cargado de esperanzas. La clave iba a estar en que estos pueblos de existencia tan agitada fueran capaces de encontrar, con la ayuda de los demás pueblos europeos, la melodía apropiada para construir su futuro de paz, justicia, bienestar y libertad. En este sentido, ante la nueva situación creada en Europa, el Consejo Europeo celebrado en Dublín el 28 abril de 1990 anunció su propósito —y lo cumplió— de facilitar el acercamiento entre las Comunidades Europeas y los países de la antigua Europa del Este.

A raíz de la reunificación alemana, en los territorios de la antigua RDA coincidió cabalmente la transición a la democracia parlamentaria y a la economía de mercado con los momentos de la ruptura con el sistema comunista. Desde diciembre de 1990 los avatares por los que discurrió la vida de los alemanes del este estuvieron indisolublemente soldados a los de sus compatriotas del oeste en una nueva Alemania unida, libre, soberana y democrática. Para los restantes países del antiguo bloque soviético el proceso iba a durar más tiempo, pero no se eternizó. La desintegración de la URSS en diciembre de 1991 facilitó sin duda la consolidación de su proceso de Triple Transición y su paulatino acercamiento a la Europa comunitaria. Con la consumación del cambio político-institucional entre 1989 y 1991 se abrió para todos ellos una nueva etapa histórica en la que se produjo la consolidación del sistema democrático-parlamentario y la modernización económica y social, homologándose a los países democráticos de Europa Occidental; y junto a lo anterior optaron decididamente por integrarse en las Comunidades Europeas (además de vincularse a la Alianza Atlántica). El proceso llegó a buen puerto el 1 de mayo de 2004. En ese momento se incorporaron a la Unión Europea Polonia, República Checa, Eslovaquia y Hungría —además de Eslovenia y los tres estados del Báltico: Estonia, Letonia y Lituania—. Y concluyó con la adhesión el 1 de enero de 2007 de Bulgaria y Rumania.

El retorno de Europa a los países del Este debe ser considerado como un hecho de trascendental importancia en la historia del mundo después de la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Esta fecha representa sin lugar a dudas el momento clave que anunció el crepúsculo matutino —parafraseando a Ortega, pionero y decano del ideal europeísta— de una nueva Europa unida, y Berlín en su centro geográfico. En el vigésimo aniversario de la caída del Muro de Berlín es de justicia resaltar la trascendencia de aquel acontecimiento verdaderamente histórico, no sólo para Alemania y para Europa en su conjunto sino también para toda la sociedad internacional.

[Volver](#)

Notas

[I] Sobre la "cuestión alemana" interpretada desde la zona oriental, véase Furet (1995: 452-456).

[II] "En la Ópera Estatal de Berlín Oriental, el 21 y 22 de abril de 1946 miles de delegados votaron formalmente a favor de la fusión de los partidos. Más de la mitad de los miembros del nuevo SED (Partido de Unificación Socialista) procedían de la socialdemocracia". Taylor (2009: 85).

[III] Una visión de conjunto en Díez Espinosa y Martín de la Guardia (1998).

[IV] "Según dicen los estudios realizados tras la caída del Muro de Berlín en 1989, las autoridades soviéticas de ocupación habían encarcelado en su zona, entre 1945 y 1950, a 122.000 personas, de las cuales 43 murieron encarceladas y 756 fueron condenadas a muerte. La dirección del SED ejerció, motu proprio, una represión que afectó a 40.000 ó 60.000". Bartosek (1998: 456).

[V] Sobre la represión radical ejercida durante los años de vigencia de la RDA, véase Neubert (2002).

[VI] "Después de la caída del Muro los medios alemanes dijeron de Alemania del Este que había sido 'el Estado-espía más perfecto de todos los tiempos'. En total la *Stasi* tuvo 97.000 trabajadores, más que suficientes para vigilar un país de 17 millones de personas. Pero también disponía de más de 173.000 confidentes repartidos entre la población. Se estima que en el Tercer Reich de Hitler hubo un agente de la Gestapo por cada 2.000 ciudadanos, y en la URSS, un agente de la KGB por cada 5.830 personas. En la RDA había un agente o un confidente de la *Stasi* por cada 63 personas. Si incluimos a los confidentes ocasionales, algunos estiman que había una proporción de un informante por cada 6,5 ciudadanos". Funder (2009: 69-70).

[VII] Dicho exilio se refleja con todo su dramatismo en Reimann (2008).

[VIII] (1995: 507).

[IX] Taylor (2009: 206).

[X] Pero no para todos, aunque lo pagaron caro. Como señala Taylor, "según las cifras de la *Stasi*, [sólo] entre el 13 de agosto y el 31 de diciembre de 1961 fueron arrestados un total de 3.041 personas como consecuencia de sus intentos fallidos por escapar a Berlín Occidental. La mayoría de ellas (2.221, un 73% del total) lo habían intentado a pie. Otras 335 (el 11%) intentaron huir por tren, 244 (el 8%) con vehículos motorizados, 114 (el 4%) por mar, el Báltico, 96 (un 3%) nadando por ríos, canales o lagos, y 31 (un 1%) arrastrándose a través de las cloacas". (2009: 350-351).

[XI] Cit. en Martín de la Guardia y Pérez Sánchez (1995 b: 110).

"El muro sería a la larga una propaganda catastrófica para el Este. Cada día de su existencia fue como si vociferase una sencilla declaración condenatoria: 'En Berlín, nosotros los comunistas entablamos una competencia directa con el capitalismo y perdimos.'" Taylor (2009: 342).

[XII] Ello coincidió, paradójicamente, con la visita que el Presidente Kennedy realizó, en junio de ese mismo año, a Berlín Occidental, considerada "una especie de faro de la libertad". Allí, ante medio millón de personas pronunció un discurso del que se recuerda especialmente aquello de "*Ich bin ein Berliner*". Pero lo realmente importante fue que en su alocución, "Kennedy atacó a quienes no veían diferencia entre ambos sistemas y preconizaban que los demócratas debían 'trabajar junto a los comunistas', o aquellos que aseguraban que el comunismo era malo pero producía benéficos resultados económicos. Kennedy prosiguió con un ataque al muro, calificándolo como 'la muestra más obvia y clara de los fracasos del sistema comunista'. Al final (...) volvió a pronunciar las famosas frases: 'Todos los hombres, vivan donde vivan, son ciudadanos de Berlín. Por tanto, en calidad de hombre libre, me enorgullezco de pronunciar estas palabras: *Ich bin ein Berliner*'". Cit. en Taylor (2009: 395-396).

[XIII] Cit. en Martín de la Guardia y Pérez Sánchez (1995 b: 207).

[XIV] Véase Pérez Sánchez (1999: 6-9).

[XV] Cit. en Taylor (2009: 453).

[XVI] (1990: 152). Una visión de conjunto en Martín de la Guardia y Pérez Sánchez (1995 a).

[XVII] De hecho, fue en Hungría en donde el 2 de mayo de 1989 comenzó a desmantelarse el "telón de acero" que la separaba de Austria. Una delegación de Autoridades húngaras y austriacas entregaron al Presidente George Bush —de visita en Alemania Occidental— un trozo de alambre de espino de dicha frontera. Al recibir el presente, Bush comentó: "Hagamos que Berlín sea lo siguiente". Cit. en Taylor (2009: 459).

[XVIII] "Las listas únicas presentadas por el Partido obtuvieron oficialmente el 98,85 por ciento de los sufragios, con una participación del 98,78 por ciento del censo electoral. Los observadores de los derechos civiles constataron importantes irregularidades." Gonin y Guez (2009: 71). Para una visión de conjunto de los acontecimientos desarrollados desde finales de los años ochenta al otoño de 1990, véase Meyer (2009).

[XIX] Eguiagaray (1991: 157).

[XX] "Desde el acuerdo de 1978 pactado con el régimen, la Iglesia, sobre todo en Berlín, donde la dirección de la diócesis era bastante tolerante, daba asilo a 'grupos disidentes de base'. Las parroquias debían controlar y moderar a sus feligreses, a cambio de lo cual el Estado se comprometía a no intervenir físicamente en los lugares de culto." Gonin y Guez (2009: 71).

[XXI] Sobre lo acontecido en esas horas tan tensas del 9 de noviembre, véase Taylor (2009: 480-487) y Gonin y Guez (2009: 307-320).

"La gran paradoja del muro de Berlín es que termina como empezó. Se construyó porque la gente quería irse y se destruye porque la gente seguía queriendo irse. No ha servido para nada más que para la crueldad y para la infamia." Martí Font (1999: 17).

[XXII] Lo que aconteció, en palabras de Diego Íñiguez Hernández, fue "una genuina revolución liberal, que culminó el 9 de noviembre de 1989 con la caída del Muro, o en marzo de 1990 con las elecciones a la única y breve Asamblea Popular democrática. 'No habría sido posible la reunificación sin una RDA democrática, ni una RDA democrática sin las protestas populares alemanes del Este', ha escrito Klaus-Dietmar Henke." (2009: 55-56).

[XXIII] Cit. en Gonin y Guez (2009: 167).

[XXIV] Según Taylor, "Mitterrand prometió su apoyo a Kohl para una Alemania reunificada, pero a un alto precio, consistente en una mayor integración europea. Esto significaba, en concreto, el sacrificio del todopoderoso marco alemán y la introducción de una moneda europea única". (2009: 495).

[Volver](#)

Referencias Bibliográficas

- Bartosek, Karel (1997), "Europa central y del sureste", en VV.AA., El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión, Madrid, Espasa (1998), 441-515.
- Beneyto, José María; Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (2005), Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Díez Espinosa, José Ramón y Martín de la Guardia, Ricardo (1998), Historia contemporánea de Alemania (1945-1995), Madrid, Síntesis.
- Eguigaray, Francisco (1991), Europa del Este: la revolución de la libertad, Barcelona, Ediciones del Drac.
- Funder, Anna (2003), Stasiland, Madrid, Tempus (2009).
- Furet, François (1995), El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX, México, Fondo de Cultura Económica (1995).
- Gonin, Jean-Marc y Guez, Olivier (2009), La caída del Muro de Berlín. Crónica de aquel hecho inesperado que cambió el mundo, Madrid, Alianza Editorial (2009).
- Gorbachov, Mijail (1987), Perestroika: "Mi mensaje a Rusia y al mundo entero", Barcelona, Ediciones B (1990).
- Íñiguez Hernández, Diego (2009), "El gran momento de la RDA", Política Exterior, 132 (Noviembre/Diciembre), 55-68.
- Martí Font, J.M. (1999), El día que acabó el siglo XX. La caída del Muro de Berlín, Barcelona, Anagrama.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (Coords.) (1993), El sueño quedó lejos. Crisis y cambios en el mundo actual, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (1995 a), La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración, Madrid, Istmo.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (1995 b), La Europa del Este, de 1945 a nuestros días, Madrid, Síntesis.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (1997), La Europa Balcánica. Yugoslavia, desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, Madrid, Síntesis.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (1999), Derechos Humanos y comunismo, Madrid, Arco/Libros.
- Martín de la Guardia, Ricardo y Pérez Sánchez, Guillermo Á. (Directores) (2009), Los Derechos Humanos, sesenta años después (1948-2008), Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid.
- Martín de la Guardia, Ricardo; Pérez Sánchez, Guillermo Á. y Szilágyi, István (2006), La Batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956, Madrid, Actas.
- Meyer, Michel (2009), Histoire secrète de la chute du mur de Berlin, Paris, Odile Jacob.
- Neubert, Ehrhart (2002), "Les crimes politiques en RDA", en Courtois, Stéphane (Sous la direction de), Du passé faisons table rase! Histoire et mémoire du communisme en Europe, Paris, Robert Laffont, 445-514.
- Pérez Sánchez, Guillermo Á. (1999), Crisis, revolución y transición en la Europa del Este, Barcelona, Ariel.
- Pérez Sánchez, Guillermo Á. (2007), "La "nueva Europa": de la caída del comunismo a la integración en la

Unión Europea”, en Forner, Salvador (Ed.), La construcción de Europa. De las “guerras civiles” a la “unificación”, Madrid, Biblioteca Nueva, 191-217.

— Reimann, Brigitte (1963), Los hermanos, Madrid, Bartleby Editores (2008).

— Taylor, Frederick (2006), El Muro de Berlín, 13 de agosto de 1961 - 9 de noviembre de 1989, Barcelona, RBA (2009).

[Volver](#)

Resumen:

Con la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, se produjo el colapso del socialismo real que durante más de cuatro décadas sojuzgó a los pueblos de la Europa del Este sovietizado. Con la desaparición de los regímenes socialistas los países de la Europa Central, Suroriental y Báltica, por primera vez en su historia después de cuarenta años de totalitarismo comunista, acometieron la extraordinaria tarea de transformación de sus estructuras políticas, económica y sociales (la Triple Transición) para homologarse a los países democráticos de Europa Occidental; y junto a lo anterior optaron decididamente por integrarse en las Comunidades Europeas, además de vincularse a la Alianza Atlántica.

Palabras clave:

Guerra Fría, Telón de Acero, Europa Oriental, Alemania, Comunismo, Muro de Berlín, Transición, Unión Europea.

Abstract:

On the 9th of November, 1989, the fall of the Berlin Wall caused the collapse of real socialism that for over four decades subdued the people of Eastern Europe who were under soviet influence. As a result of the disappearance of the socialist system, the Central, South-eastern and Baltic European countries, for the first time in their history after forty years of communist totalitarianism, undertook the extraordinary task of changing their political, economical, and social structures (the Triple Transition) in order to be on a level with the democratic countries of Western Europe. In addition, they decidedly opted for their integration into the European Community, besides joining the Atlantic Alliance, NATO.

Keywords:

Cold War, Iron Curtain, Eastern Europe, Germany, Communism, Berlin Wall, Transition, European Union.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Artículos

CINCO ESTADISTAS ANTE EL PACTO DE LA REUNIFICACIÓN ALEMANA

Julio Crespo MacLennan

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

- **Introducción**
- **Cinco visiones de la caída del muro de Berlín**
- **François Mitterrand**
- **Margaret Thatcher**
- **George Bush**
- **Mijail Gorbachov**
- **El pacto de la reunificación de Alemania**
- **Epílogo. La caída del muro de Berlín veinte años después.**

Introducción

La caída del muro de Berlín no sólo es uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia contemporánea, como tantas veces se ha comentado sino también uno de los más inesperados. Estadistas, periodistas, historiadores, politólogos y analistas del panorama internacional de diversa índole nunca fueron tan desprestigiados como el 9 de noviembre de 1989, pues aunque todos los que tuvieran que ver con estas profesiones fueron capaces de dar explicaciones a posteriori sobre lo que había ocurrido en esa fecha, nadie fue capaz de predecir lo inminente que era la caída del famoso y controvertido muro ni mucho menos el fin del comunismo en Europa y del bloque soviético.

Las revoluciones de 1989 provocadas por la caída del muro de Berlín no sólo ponen un dramático punto final a la historia del comunismo en Europa sino también precipitan el fin de la guerra fría, alterando el equilibrio de poder en las relaciones internacionales y ofreciendo la posibilidad de la reunificación de Alemania. Estos acontecimientos fueron motivo de alegría pero también de preocupación en Occidente, la actitud ante sus consecuencias iba a variar según los intereses de cada país. Por otro lado, desde la clase dirigente del bloque soviético fueron vistos con temor y preocupación aunque también con alivio al ver que años de crisis y enfrentamiento en Europa central y oriental y varias décadas de tensión con Occidente por la situación de Alemania, finalizaban.

Quizás la mejor forma de comprender la trascendencia de 1989 y todo lo que estaba en juego es mediante el análisis de la actitud de los que ostentaban el poder por aquel entonces. La actitud de los jefes de gobierno de las dos superpotencias y de las principales potencias europeas ante la caída del muro de Berlín muestra los sentimientos contradictorios provocados por este acontecimiento y lo difícil que iba a ser llegar a un acuerdo sobre cómo encauzarlo dentro de las relaciones internacionales y respetando a las leyes de equilibrio de poder entre las potencias.

Cinco visiones de la caída del muro de Berlín

La mejor muestra de lo inesperada que fue la caída del muro de Berlín es que el estadista que más la deseaba se encontraba fuera de su país y recibió la noticia en un momento muy inoportuno. El canciller de la República Federal de Alemania, Helmut Kohl que comenzó su carrera política en una Alemania dividida nunca renunció al objetivo de la reunificación de su país. De hecho este fue uno de los grandes méritos de su larga carrera. Mientras que muchos políticos alemanes, especialmente en el partido socialdemócrata, llegaron a ver la división de Alemania como un hecho irreversible, Helmut Kohl, fiel al legado de Konrad Adenauer, siempre reivindicó la reunificación. Su llegada a la cancillería en 1982 no alteró su posición ante este objetivo a pesar de que exigir la desaparición del muro de Berlín constituía una ofensa para su homólogo en la República Democrática de Alemania y también para el líder soviético. [1]

Varios factores iban a hacer al canciller alemán intensificar su llamada a la reunificación a finales de los años ochenta. En primer lugar los claros signos de crisis y decadencia que daba la República Democrática de Alemania, y el número cada vez mayor de alemanes que decidían huir de la República Democrática por cualquier medio. La llegada de Mijail Gorbachov al poder en la Unión Soviética y el lanzamiento de la *Perestroika*, también iba a animar a Helmut Kohl a insistir sobre la necesidad de la reunificación, pues Gorbachov representaba un nuevo talante en el bloque soviético que se podía interpretar como una renuncia a imponer sus intereses por la fuerza sobre los satélites de Europa del Este.

Desde el momento en que Mijail Gorbachov anunció que cada uno de los países del Este debería buscar su propio camino, el gobierno de la República Federal intuyó que la URSS ya no sería obstáculo para la reunificación. Sin embargo, el canciller Kohl que desconfiaba de todo mensaje proveniente de Moscú, inicialmente albergó muchas dudas sobre la posibilidad de un verdadero cambio en el sistema comunista. Muy en la línea de la política de dureza hacia la Unión Soviética marcada por la administración Reagan, Kohl se atrevió a decir en una ocasión en 1986 que Gorbachov era el mejor propagandista desde Goebbels. [2] Tenía la impresión de que los mensajes reformistas y conciliadores eran una mera estrategia para perpetuar el bloque soviético. Sin embargo, conforme

avanzó la *perestroika* comprendió que las intenciones de cambio del líder soviético eran verdaderas y que ante todo por razones estratégicas le interesaba tener una relación fluida con el líder soviético. Aunque comprendió las razones por las que no podía esperar que Gorbachov influyera sobre Honecker, también comprobó que el líder soviético y el comunista alemán tenían muy mala relación lo cual era muy ventajoso para la causa de la República Federal.^[3] Sin el apoyo de la Unión Soviética la República Democrática de Alemania tenía poco porvenir.

Así, a finales de los ochenta el gobierno democristiano puso especial empeño en cultivar la relación con la Unión Soviética. En octubre de 1988 Kohl hizo un histórico viaje al Moscú y no tuvo ningún reparo en manifestar en una alocución pública su esperanza en poder convertir en realidad la reunificación.

“Respetamos las fronteras actuales, pero queremos que todos los alemanes y todos los europeos elijan libremente su destino y que puedan encontrarlo en una convivencia en libertad”.^[4]

Las declaraciones del canciller a favor de la unidad alemana se multiplicaron en la misma proporción en que aumentaba la inestabilidad política entre los países vecinos del Este; “nuestro objetivo sigue siendo una Alemania libre y unida en una Europa libre y unida”. Ni el ni nadie sabía cuando surgiría la oportunidad de una reunificación pero si era consciente de que a la luz de los acontecimientos de 1989 ésta podía surgir en un futuro cercano.

La posibilidad de que la crisis en los países del Este provocara un cambio de régimen constituía una gran oportunidad pero también un reto para la República Federal y el conjunto de la Comunidad Europea; lo mismo podía contribuir a la unidad europea que a desestabilizar el continente. El canciller, muy consciente de la gravedad de los acontecimientos comprendió que la ayuda económica a los países comunistas era vital. En la cumbre económica de la CE que tuvo lugar en París en julio de 1989, sugirió a sus socios el lanzamiento de un programa de ayuda común para Europa Oriental. Además de liderar esta iniciativa el gobierno de Bonn puso en marcha un plan de acogida de ciudadanos de Alemania Oriental; ante el éxodo masivo de alemanes que tuvo lugar en verano a través de Hungría, Kohl anunció que haría todo lo posible por acoger con los brazos abiertos a los compatriotas de la República Democrática.

Cuando el gobierno de la República Democrática protestó ante el gobierno húngaro por permitir el paso de la frontera a los refugiados alemanes, el presidente Németh declaró que si se quiere construir de verdad la casa europea no se pueden cerrar las fronteras, pues en dicha casa no pueden existir habitaciones separadas entre si por alambre de espino.

Las declaraciones del presidente húngaro eran muy alentadoras para los defensores de la causa europea y sobre todo para los planes de la coalición democristiana. Kohl comprendió que en este momento era fundamental hacer todo lo posible por mejorar las relaciones con los vecinos del Este. Iniciaba así su propia *Ostpolitik*. En este aspecto la visita oficial a Polonia programada para el otoño sería crucial. Este país que tanto había padecido las consecuencias del expansionismo alemán tenía mucho que temer ante una eventual reunificación, por esta razón una visita del canciller alemán en la que reafirmara el respeto al pueblo polaco a garantizar las fronteras actuales iba a ser muy oportuna.

El acontecimiento más importante de su carrera política sorprendió al canciller en tierra polaca. En plena cena con el primer ministro Mazowiecki su jefe de prensa intervino para decirle que tenía una llamada muy urgente... “señor canciller, en este momento está cayendo el muro”,^[5] escuchó atónito del otro lado de la línea telefónica. El canciller debió de sentir mucho vértigo ante la gran noticia que abría la posibilidad de una reunificación alemana, pero tal y como había ocurrido podía desencadenar en violencia o en una reacción adversa de las potencias europeas; tenía que actuar rápido, sus decisiones determinarían el resultado de estos acontecimientos y su lugar en la historia. Su primera decisión fue interrumpir la visita oficial en Polonia a pesar de que no sentó nada bien al gobierno polaco, y regresar rápidamente a Alemania.

De regreso a Alemania el canciller se dirigió al pueblo alemán desde el ayuntamiento de Sholmutz. “Todos hemos trabajado para este día”, comentó en ese momento tan emotivo y lleno de expectativas. Pidió a los alemanes actuar con mucha prudencia ante los acontecimientos que tenían tanta repercusión internacional. Pero también exhortó a los dirigentes de la República Democrática a dejar el camino libre a la soberanía del pueblo. “Es la hora de Alemania, de la concordia, del derecho, de la libertad”.

Fue muy comedido en su alocución al pueblo alemán. Poco antes había recibido una nota de Gorbachov pidiéndole no avivar las emociones y sobre todo evitar el caos y así lo hizo. Aunque eso si, no podía renunciar a decirles a los alemanes que era su hora y que el gobierno de la República Democrática debía ceder ante la voluntad del pueblo. Poco después Egon Krenz que había sucedido a Honecher como presidente de la República Democrática le pidió en su primera conversación tras la caída del muro, que la reunificación no figurara en el orden del día, a lo que Kohl se negó tajantemente. Estaba claro que el entendimiento con la República Democrática bajo el gobierno de Krenz no iba a ser imposible. El otro gran reto iba a ser ganarse el apoyo de las potencias responsables de Alemania desde 1945 para lograr la reunificación.

François Mitterrand

El presidente de la República Francesa, François Mitterrand pertenecía a la generación que había combatido en la Segunda Guerra Mundial y por lo tanto consideraba que por el bien de los franceses y los intereses nacionales de Francia, Alemania debería permanecer dividida indefinidamente. Sin embargo, tras llegar a la presidencia Mitterrand iba a hacer un gran esfuerzo por reconciliar a los franceses con los alemanes y de esta forma fortalecer el eje franco-alemán. Como europeísta convencido de la necesidad de avanzar hacia la unión política y económica de la Comunidad Europea, Mitterrand era consciente de que este objetivo sólo podía lograrse con un fuerte liderazgo franco-alemán. Por esta razón iba a establecer una estrecha relación con su homólogo alemán Helmut Kohl que se vería puesta a prueba en 1989.

Sagaz observador de la realidad internacional y buen conocedor de la Unión Soviética, Mitterrand tuvo el mérito de ser el único político destacado en predecir el fin de la Unión Soviética. En 1984 dijo: “yo ya no lo veré pero a finales del siglo XX la Unión Soviética ya no existirá.”^[6] Su notable profecía se quedó corta ya que él sería

testigo aun desde el Eliseo de la caída del coloso comunista. Sin embargo, la caída del muro de Berlín le encontró tan desprevenido como al resto de los líderes mundiales. Este inesperado evento trastocó sus planeas en el ámbito de la Comunidad Europea y sería motivo de gran preocupación. El país que más tenía que temer ante la posibilidad de la reunificación alemana era Francia, que había sido invadido por su vecino tres veces en menos de un siglo. Mitterrand comenzó a ver el plan de reunificación alemana no como un político europeísta sino como el presidente de la República que tenía la obligación de garantizar a los franceses que una Alemania hegemónica no les volvería a amenazar. Su preocupación ante las incógnitas que se abrían tras la caída del muro de Berlín le llevó a intentar frenar la reunificación, arriesgándose con ello a quebrar el eje París-Bonn sin el cual su política europea no podía funcionar.

El presidente dio varios pasos tras el 9 de noviembre de 1989 que daban la impresión de que en vez de buscar salida a los acontecimientos que cambiaron la historia, parecía querer parar el tiempo. Sus asesores le aconsejaron adelantar el consejo europeo con el que finalizaría la presidencia francesa de la CE, previsto para comienzos de diciembre pero el presidente no lo consideró necesario. Luego emprendió dos viajes que no sirvieron más que para molestar a los aliados alemanes, primero a Kiev para reunirse con Gorbachev y comentar con él la situación alemana, y luego a Alemania del Este para mostrar su apoyo a un régimen que ya había caído.

Otra opción que inicialmente contempló Mitterrand fue la de crear una alianza francobritánica frente a la hegemonía alemana, muy en la línea clásica de la política exterior francesa. Tenía a la primera ministra Margaret Thatcher a su disposición para llevarla a cabo, pero precisamente este era uno de los factores que le llevó a desechar esta idea, pues al fin y al cabo nunca había logrado ponerse de acuerdo en nada con la primera ministra británica, salvo en el asunto del túnel del canal de la Mancha.

Finalmente optó por avanzar por el cauce marcado por la historia en vez de ir contra ella y vincular la inminente reunificación a los planes de unión política y económica europea, de esta forma la nueva Alemania estaría tan vinculada al resto de la Europa comunitaria que no sería posible el retorno a cualquier tentación de nacionalismo o expansionismo. Así lo manifestaría en Berlín a comienzos de diciembre cuando declaró: "no le temo a la reunificación. La unidad alemana y la europea van a la par, al menos en mi pensamiento". [7]

Margaret Thatcher

Margaret Thatcher era al igual que Francois Mitterrand un claro producto de una generación marcada por la Segunda Guerra Mundial y por el miedo a una Alemania fuerte, sólo que a diferencia del presidente francés, Thatcher no se sentía condicionada por una alianza con la República Federal Alemana. Por lo tanto su actitud ante la caída del muro de Berlín iba a ser de claramente en contra de la reunificación alemana.

Thatcher describe 1989 en sus memorias como uno de los años más felices de su carrera política. [8] Los acontecimientos vividos en otoño de aquel año corroboraron lo que ella sospechaba desde hacía tiempo, que el sistema comunista se estaba pudriendo por dentro y sobre todo que la política de dureza e intransigencia frente a los líderes soviéticos que ella había defendido junto con su principal aliado Ronald Reagan, había sido la correcta, logrando el triunfo de la democracia occidental sobre el comunismo.

Pero la caída del muro de Berlín que brindaba la posibilidad de la reunificación alemana hizo resucitar el fantasma de un cuarto Reich alemán, y Margaret Thatcher, especialmente sensible a este peligro como era de esperar en alguien de su generación, se propuso obstaculizarla.

La primera reacción que tuvo Margaret Thatcher ante la caída del muro de Berlín fue aconsejar mucha prudencia a Helmut Kohl en una conversación telefónica que tuvieron el 10 de noviembre y mantener a Mijail Gorbachov bien informado sobre sus decisiones con el fin de evitar provocar a la Unión Soviética. Su segundo paso fue manifestar al presidente de Estados Unidos George Bush su actitud ante la caída del muro con el fin de obtener su apoyo. La prioridad debería ser el establecimiento de una verdadera democracia en Alemania Oriental, la reunificación no era una cuestión que debería abordarse en ese momento, comentó la primera ministra. [9]

En el Consejo Europeo del 18 de noviembre, convocado con el fin de discutir los acontecimientos en Europa del Este, Thatcher advirtió a sus homólogos europeos que no deberían dejarse llevar por la euforia pues la democratización y la reforma económica en estos países tardaría varios años. Insistió en respetar el Acta Final de Helsinki de 1975 sobre la inviolabilidad de las fronteras y que por lo tanto Alemania debería mantenerse dividida y tanto la OTAN como el Pacto de Varsovia deberían permanecer intactos con el fin de garantizar la seguridad en una zona tan convulsa como Europa central y oriental.

George Bush

Con respecto al presidente de los Estados Unidos, George Bush fue un típico producto de la clase política americana formada en los años de la guerra fría. Para la generación de George Bush el mayor peligro para la seguridad mundial y para los intereses de Estados Unidos era la Unión Soviética. Por esta razón su actitud ante la caída del muro de Berlín fue la del jefe de estado que felizmente era testigo de la victoria de su país en una guerra que había durado cuarenta años. Su preocupación en 1989 no fue tanto la posible reunificación alemana sino más bien evitar represalias por parte de la Unión Soviética que pudieran acabar con la euforia de Occidente de un plumazo.

George Bush estaba muy condicionado por la política de la administración Reagan en la que había sido vicepresidente, de dureza frente al bloque soviético y cuya actitud ante Berlín quedó bien resumida en la famosa frase el presidente Reagan "Sr Gorbachov, tire este muro", pronunciada en su visita a Alemania en 1987.

Sin embargo George Bush no se dejó llevar por la euforia al ver caer el muro de Berlín y dio prioridad a la seguridad internacional. Por esta razón accedió a reunirse con Mijail Gorbachov en Malta el 2 y 3 de diciembre de 1989. El presidente americano evitó provocar a su homólogo soviético con el tema de la reunificación alemana o el porvenir de Europa del Este, simplemente se aseguró de obtener el compromiso de Gorbachov de no iniciar una guerra nuclear a causa de los acontecimientos recientes. Aunque no se firmó ningún acuerdo en esta reunión, George Bush podía estar tranquilo pues todo parecía indicar que independientemente de lo que pasara en

Alemania, la posición de Estados Unidos en el mundo iba a verse reforzada.

Mijail Gorbachov

Mijail Gorbachov era aparentemente, quien más tenía que perder ante la caída del muro de Berlín, pues este acontecimiento precipitó el derrocamiento de los regímenes socialistas en Europa del Este, con el desprestigio que suponía para la Unión Soviética y para colmo abría la posibilidad de la reunificación de un país tan temido por Rusia como por Francia y Gran Bretaña. Sin embargo Gorbachov en noviembre de 1989 no era un líder indignado ante la caída de su imperio y ávido de revancha, pues al contrario del resto de los mandatarios de las grandes potencias él conocía muy bien la situación de Alemania Oriental y de todo el bloque soviético y llevaba varios años luchando contra el colapso que parecía inevitable.

Una de las razones que sin duda animaron a los ciudadanos del bloque soviético a rebelarse contra el sistema fue el hecho de que Gorbachov era muy distinto a los anteriores mandatarios soviéticos. Gorbachov se manifestó desde un principio partidario del principio de autodeterminación e intentó llevar el espíritu de la *perestroika* a Europa oriental y en sus viajes por estos países advirtió a sus homólogos que la única forma de evitar el levantamiento del pueblo era mediante la reforma y de hecho pudo comprobar que los países que estuvieron más lejos de la *perestroika* como Rumanía o Alemania Oriental fueron los que tuvieron experiencias más traumáticas en 1989, mientras que los más aperturistas experimentaron un cambio de régimen más pacífico.

Gorbachov viajó a China en visita oficial en mayo de 1989, y los manifestantes en la plaza de Tianamen le recibieron como el campeón de la democracia. Pocos días después de las famosas matanzas en la plaza de Tianamen Gorbachov en visita a Bonn tuvo palabras de dolor por las víctimas de esta desafortunada decisión china. Sin embargo, muchos dirigentes del mundo comunista no pensaban como él. Se formó así una nueva alineación en los regímenes comunistas, de una parte los duros como Alemania Oriental, Rumanía y Cuba que se oponían a Gorbachov y aplaudían el régimen chino y de otro lado los renovadores que lo condenaban.

Este cisma en el mundo comunista iba a ser determinante en la evolución de los acontecimientos de otoño de 1989. Si su política de no intervención en los asuntos internos de Europa del Este le impidió llevar la *perestroika* a estos países no se podía esperar de él ningún tipo de medidas para mantener el *statu quo*. En las conversaciones con Helmut Kohl, Gorbachov le dejó claro que respetaba escrupulosamente la independencia del régimen de Alemania Oriental presidido por Erich Honecker y que por lo tanto nunca daría ningún tipo de instrucciones sobre asuntos internos del país; según relata en sus memorias, en su relación con Honecker siempre topó con un muro de incompreensión. [10] Su visita a Berlín Oriental para la conmemoración del cuarenta aniversario de la creación de la República Democrática de Alemania, en octubre de 1989 fue muy tensa. Aunque no quería pronunciarse sobre la situación del país, no podía permanecer indiferente en medio de una crisis tan aguda; por ello, en su discurso oficial no sólo se abstuvo de alabar a Honecker sino que le lanzó una frase de advertencia que ocuparía un lugar muy especial en la filosofía gorbachoviana:

"La vida castiga a quien llega demasiado tarde en política". [11]

El día que cayó el muro de Berlín, la cuestión alemana ni siquiera estaba en el orden del día de los asuntos a tratar por el Politburó, según revelan los archivos de la URSS recientemente abiertos. [11] Gorbachov estaba tan preocupado por cuestiones internas de su país que no podía permitirse prestar atención a la crisis en Europa del Este, cuyos países ya parecía dar por perdidos.

Ante la insurgencia de la población alemana Honecker estaba pensando en una solución china, para lo cual tendría que contar con los 400,000 soldados soviéticos en Alemania, pero Gorbachov le hizo saber que no podía contar con ellos. Así el muro de Berlín calló ante la impasibilidad soviética.

Desde Praga el ideólogo comunista Jan Fojtik llamó a Moscú el 16 de noviembre para pedir consejo sobre cómo actuar frente a las revueltas checas a lo que Gorbachov le aconsejó no utilizar la fuerza. No podía ser de otra forma ya que un mes después Moscú haría oficial la condena a la intervención soviética en Praga del 68. En Polonia mientras que el movimiento Solidaridad acababa con el régimen comunista de este país, el papa se encontraba de visita oficial a Moscú. En la misma fortaleza donde Stalin preguntó en tono burlón ¿Cuántas divisiones tiene el papa? Juan Pablo II era testigo de cómo el temido poder soviético se mantenía impasible ante los añorados cambios de su país. Con respecto a Rumanía, cuando Ceaucescu fue ejecutado por las tropas rebeldes, Gorbachov debió de pensar en el precio tan alto que se podía pagar por el estancamiento o por no saber renovarse como había advertido a Honecker. Como dijo el zar Alejandro II es mejor hacer las reformas desde arriba que esperar a que el pueblo las imponga desde abajo. El como Alejandro II había sabido hacer las reformas desde arriba, aunque no hay que olvidar que este zar reformista acabó siendo asesinado y que una cosa era emprender reformas en el país y otra mantenerse en el poder ante la oleada de cambios que éstas suelen traer. [12]

Lo que más preocupó a Gorbachov sobre las consecuencias de los acontecimientos de otoño de 1989 no fue la caída del comunismo sino la reunificación de Alemania. Antepuso los intereses de estado sobre cualquier consideración ideológica. Al igual que los otros líderes de las potencias que derrotaron a Alemania en 1945, temía por las consecuencias de la reunificación alemana que desestabilizara el equilibrio de poder en Europa. También era consciente de que la Unión Soviética no estaba en situación de ejercer mucha presión, por lo tanto la única salida viable era la diplomática.

Veía muy difícil la supervivencia de la República Democrática de Alemania y así se lo hizo saber a su nuevo presidente Egon Krenz; además, mantener Alemania dividida en dos estados iba en contra de su principio de respetar la voluntad del pueblo alemán. Su opción iba a ser encauzar la nueva realidad.

El pacto de la reunificación de Alemania

A pesar del temor y el recelo que podía suscitar la reunificación de Alemania entre otros países europeos y las dos superpotencias, las circunstancias de otoño de 1989 iban a ser muy propicias para hacerla realidad. Helmut Kohl pudo percibir a lo largo de noviembre de 1989, que a pesar de que sus homólogos de Europa, Estados

Unidos y la Unión Soviética estaban en principio en contra de la reunificación, no había posibilidad de que crearan una alianza entre ellos para pararla. Por esta razón decidió actuar con rapidez, pues un retraso podía ser fatal para sus planes.

El 28 de noviembre, tres semanas después de la apertura de la frontera con Alemania Oriental, el canciller sorprendió al Bunderstag y al resto del mundo con un plan de diez puntos para avanzar hacia una Alemania unida; [12](#) el plan fue presentado sin tener en cuenta ningún tipo de negociación con las partes implicadas. Kohl estaba decidido a dirigir esta operación personalmente y emplear a fondo todo su poder para lograrlo. Dio orden de que hicieran llegar a las cuatro potencias implicadas una copia del plan junto con una carta explicándolo detalladamente. El objetivo era que todos los alemanes estuvieran unidos en una república federal, para lo cual era fundamental la cooperación entre los dos estados alemanes en un proceso de transición política y económica; los diez puntos enfatizaban la importancia de llevar a cabo la reunificación en un clima de respeto al ámbito internacional y sobre todo teniendo en cuenta la importancia de la Europa comunitaria para Alemania.

El plan de reunificación acelerada que diseñó Kohl no iba a suscitar el entusiasmo esperado dentro del espectro político alemán. El partido socialdemócrata se abstuvo en su votación y Oscar Lafontaine lo calificó de gran fracaso diplomático. Incluso dentro de los democristianos había cierto temor. El propio presidente Richard von Weizsacher advirtió contra la "marea unificadora en ambas zonas de Alemania". [13](#) Con respecto a su impacto en el exterior, muchos políticos y la prensa en particular se afanaron por alimentar el miedo a un cuarto Reich.

El canciller no modificó un ápice su plan de reunificación a pesar de la oposición tanto interior como exterior. El acercamiento a Europa del Este y especialmente a Alemania Oriental continuaba siendo vital; el 16 de diciembre emprendió un breve viaje a Hungría, que tanto había contribuido a la caída del muro de Berlín. Después hizo una histórica visita a Dresde, donde fue recibido por una multitud que pedía la unidad. La dimisión de Krenz poco antes de esta visita y su sustitución por Hans Modrow permitió a Kohl, tener al fin un interlocutor en la Alemania Oriental dispuesto a negociar la reunificación. En el discurso de año nuevo en enero de 1990, recordó a los ciudadanos el objetivo, según fórmula de Adenauer era una Europa libre y unida, una Alemania libre y unida.

Lo que más temía Kohl y sus aliados fue que el precio de la reunificación alemana fuera su salida de la OTAN y su conversión en un país neutral, como pretendía el gobierno de la República Democrática apoyada por la Unión Soviética [14](#). Kohl se negó a contemplar esta posibilidad y se iba a emplear a fondo para evitarlo. Argumentó tanto en el ámbito interior como en el exterior que la neutralidad era un funesto error para los alemanes y para el conjunto de Europa y que pretender imponer la neutralidad a Alemania y aislarla de su entorno tendría efectos tan perniciosos como el aislamiento impuesto a Alemania por el Tratado de Versalles. También argumentó que Alemania había desempeñado un papel muy importante en la OTAN y su salida constituiría un duro revés para esta organización y podía afectar la cohesión de la Comunidad Europea, intentando ganarse así el apoyo de tanto los socios de la Alianza Atlántica como los de la Comunidad Europea. En última instancia insistía en que esta era una cuestión que debería decidirse por los ciudadanos alemanes. La estrategia de apelar a la voluntad del pueblo para todo lo relacionado con la reunificación iba a resultar muy útil a Kohl. Sabía que el curso de la historia le favorecía y que contaba con un gran respaldo popular y que si se le permitía manifestarse, lograría desbancar no sólo al gobierno de la República Democrática sino también a cualquier tipo de oposición internacional.

La reacción más positiva al plan de los diez puntos hacia la unidad Alemana fue, como era de preveer la de George Bush quien iba a ser también un factor importante para evitar que las otras partes interesadas se opusieran, especialmente la Unión Soviética. Mijail Gorbachov por su parte no se opuso al plan sino que con un espíritu más práctico que Mitterrand y Gorbachov, decidió que lo mejor que podía hacer era colaborar con el fin de obtener compensaciones para su país por permitirlo. Advirtió a Kohl que la reunificación de su país no era sólo una cuestión alemana sino también europea, y que por lo tanto debería contar con la colaboración de las grandes potencias.

Así se logró lo que los alemanes con el apoyo de Estados Unidos llamaron la fórmula de "dos más cuatro", por la cual el proceso de reunificación se decidiría conjuntamente por las dos Alemanias más las cuatro potencias invasoras del país en 1945.

Gorbachov también planeó la retirada de las tropas soviéticas, aunque esperaba a cambio que el país se convirtiese en neutral. En este empeño fracasó, tuvo varias conversaciones sobre este tema con George Bush, que como es natural defendía una Alemania en la OTAN. Al final los dos mandatarios de las dos superpotencias que tanto se habían enfrentado por Alemania en las últimas décadas, decidieron que la cuestión sobre la neutralidad o la permanencia en la OTAN debería decidirse por los alemanes. Así, Gorbachov parecía ceder en todo sin obtener nada a cambio, lo que iba a contribuir a aumentar más aun su impopularidad en la Unión Soviética, sin embargo su flexibilidad sería premiada tanto por Estados Unidos como por Alemania con una generosa ayuda económica para paliar la crisis rusa.

Poco después de recibir el plan de diez puntos Mitterrand puso fin a un intenso otoño en que los acontecimientos parecían anunciar el fin del eje francoalemán. El presidente galo decidió zanjar la crisis con su homólogo alemán mediante un pacto de caballeros. Francia apoyaría la reunificación de Alemania a cambio de que esta tuviera lugar dentro del contexto de la unión política y económica de la Comunidad Europea. De esta forma Mitterrand obtuvo un doble éxito, se aseguraba que la nueva Alemania sería una Alemania europeísta que nada tuviera que ver con la potencia agresora y expansionista del pasado y también que el canciller se comprometiera a acelerar el proyecto europeo en el que venían trabajando desde hacía tiempo.

En el Consejo Europeo de Estrasburgo en diciembre de 1989, Mitterrand y Kohl se mostrarían como dos grandes aliados dispuestos a avanzar hacia una Europa unida tras los acontecimientos vividos. Acordaron una fecha para una conferencia intergubernamental sobre la unión económica y monetaria que culminaría con el tratado de la Unión Europea que se firmó en Maastricht. La pérdida de importantes parcelas de soberanía que implicaba este tratado iba a provocar muchos enfrentamientos. Por ejemplo Francia y Alemania no se ponían de acuerdo sobre dónde ubicar la sede del nuevo banco central europeo. Alemania exigía que como principal

potencia económica la sede debería estar en Frankfurt pero en este intercambio de símbolos de poder, las rivalidades y los miedos de las que fueron potencias enemigas durante mucho tiempo volvían a aflorar. Por esta razón Mitterrand se opuso pero Kohl que había sacrificado el marco para crear la moneda única insistió alegando que no podía actuar de otra forma. Finalmente el presidente cedió ante el canciller. [12](#)

Margaret Thatcher hubiera deseado llegar a un acuerdo con François Mitterrand para frenar la reunificación. Descartada esta posibilidad optó por insistir en las garantías de seguridad que Alemania unida debería ofrecer a sus vecinos. En la cumbre germano-británica que tuvo lugar en Londres en febrero de 1990, Thatcher exigió un estatus especial para Polonia en las conversaciones de dos más cuatro, y presionó a Kohl para que accediera a fijar la frontera con Polonia mediante un acuerdo especial firmado en noviembre de 1990. [\[13\]](#)

La reunificación de Alemania fue una razón más que esgrimiría la primera ministra británica para oponerse al plan de unión política y monetaria de la Comunidad Europea. Al contrario de Mitterrand y el resto de sus homólogos comunitarios que veían en la Europa federal la mejor garantía contra el expansionismo alemán, Thatcher opinaba que en una Europa federal podría verse como un plan de Alemania para expandirse por Europa sin tener la oposición de estados fuertes que la impedirían. Por último también advertiría que mediante la unión monetaria obligaría a todos los países implicados en ella a contribuir a pagar la cara factura de la reunificación alemana. No obstante al no poder impedir ni la reunificación de tampoco el Tratado de Maastricht, la primera ministra se limitaría a dejar a su país fuera de la unión monetaria y por otro lado a advertir a sus aliados sobre los desafíos a los que se enfrentaría Europa y occidente en la década de los noventa. [\[14\]](#)

La noche del 2 y 3 de octubre de 1990 Kohl pasaba el momento más feliz de su vida. La Alemania unida se iba a convertir en una realidad. Una gran multitud se concentró en la plaza de la República enfrente del edificio del Reichstag. Frente a ellos los alemanes más ilustres: Willy Brandt que no ocultaba su profunda emoción, Genscher, von Weizsacker y De Maziere y en medio el canciller y su esposa. En su discurso ante Alemania en ese momento histórico Kohl apeló como venía haciendo en los últimos meses tanto al patriotismo de los alemanes como al interés por Europa.

“Alemania es nuestra patria, la Europa unida, nuestro futuro”.

La reunificación de Alemania se hizo realidad poco menos de un año después de la caída del muro de Berlín. La revolución de 1989 iniciada por el pueblo alemán iba a ser aprovechada por el canciller Kohl para llevar a cabo un sueño que parecía imposible para la mayoría de los alemanes e indeseable para la gran mayoría de los europeos que se habían acostumbrado a vivir en un mundo bipolar.

Epílogo. La caída del muro de Berlín veinte años después

De las grandes consecuencias que tuvo la desaparición del muro de Berlín en Alemania, Europa y el mundo la reunificación de Alemania fue a largo plazo la más exitosa y la que menos problemas ha creado para el conjunto de Europa.

A pesar de los muchos problemas internos que provocó la reunificación de Alemania, el proceso de unión de las dos repúblicas separadas durante más de cuarenta años fue culminó con éxito. La prueba más evidente es que Helmut Kohl, su principal artífice fue reelegido canciller por una abrumadora mayoría en 1990 y ganó las elecciones una vez más en 1994, y desde 1990 sería reconocido como uno de los estadistas más importantes de la historia de Alemania. El Berlín unificado se convirtió en una de las ciudades más esplendorosas de Europa, convirtiéndose en el principal símbolo de la nueva Alemania. La prueba final de la facilidad con la que los alemanes superaron las divisiones del pasado fue que en 2005 la candidata democristiana procedente de la antigua República Democrática, Angela Merkel fue elegida nueva canciller de Alemania.

El miedo a un cuarto Reich y a una Alemania expansionista que hicieron a los principales estadistas europeos intentar frenar la reunificación no estaba justificado a juzgar por la trayectoria de Alemania en los últimos veinte años, que ha sido fiel a los principios de Adenauer y Kohl, una Alemania europea, respetuosa con sus vecinos y entusiasta de los principales proyectos de la UE, desde la unión monetaria al tratado de Lisboa. El plan de François Mitterrand de vincular Alemania con la Unión Europea hasta el punto de que su nacionalismo expansionista fuera inviable, dio el resultado esperado.

Si hubo que pagar un precio económico muy alto por la reunificación, pues esta fue ante todo un proceso de anexión de la República Democrática por la República Federal. A pesar de que durante años la República Democrática alardeó de ser la décima potencia industrial en el mundo, lo cierto es que su economía estaba en ruinas en 1989 y revitalizarla y acercarla al nivel de Alemania occidental iba a suponer un gran esfuerzo económico. Como consecuencia de este esfuerzo, Alemania entró en crisis a mediados de los noventa, y una vez que la locomotora de la Unión Europea se paraba, el resto de Europa iba a pagar las consecuencias. En este sentido el tiempo daría la razón a Margaret Thatcher sobre el alto coste de la reunificación, pues esta no fue exclusivamente pagada por los alemanes sino por el conjunto de los ciudadanos de la UE.

De los cinco estadistas que pactaron la reunificación de Alemania, cuatro de ellos han vivido para ser testigos del veinte aniversario de la caída del muro de Berlín. Dos de ellos, Bush y Gorbachov estuvieron presentes en los actos organizados en Berlín para conmemorar tan señalada fecha, con la canciller Merkel como anfitriona y en compañía de algunos de los más destacados estadistas de entonces y de ahora. El que más merecía estar en este acto, Helmut Kohl no pudo asistir por razones de salud, sin embargo ha tenido la satisfacción de ver cómo este aniversario ha servido para restablecer el prestigio perdido en los últimos años, tras verse involucrado en varios escándalos después de abandonar el poder y ver que su lugar en la historia de Europa, está ya garantizado. Con respecto a Margaret Thatcher, desde su retiro londinense ha sido testigo de cómo la prensa mundial la criticaba por su oposición a la reunificación alemana. Sin embargo, a pesar de que sus temores fueron infundados, con toda probabilidad no se arrepentirá de la postura que adoptó en 1989, siempre fiel a los intereses británicos y aplicando lecciones de la historia europea a un presente tan incierto como fue el de aquel año.

La historia está llena de guerras y grandes conflictos provocados por riñas entre un puñado de estadistas. La caída del muro de Berlín es un ejemplo de lo contrario, cinco estadistas pactaron una solución definitiva al problema alemán de la forma más civilizada para los intereses europeos y globales.

[Volver](#)

-
- [1] Ver Julio Crespo MacLennan, Forjadores de Europa, grandes europeístas y euroescépticos del siglo XX, Destino 2009.
- [2] Ramón Pérez-Maura, Del imperio a la Unión Europea, la huella de Otto de Habsburgo en el siglo XX, Rialp 1997, p 374.
- [3] Helmut Kohl, Yo quise la unidad de Alemania, Galaxia Gutemberg, 1997, p 41.
- [4] Werner Maser, Kohl el reunificador, Espasa Calpé 1991, p 288.
- [5] Helmut Kohl, Yo quise la unidad de Alemania, p 113.
- [6] Robert Schneider, Los últimos años de François Mitterrand, El Drac, 1995, p 107.
- [7] Julio Crespo MacLennan, Forjadores de Europa, p 300.
- [8] Margaret Thatcher, The Downing Street Years, Harper Collins, 1993, p 789.
- [9] Margaret Thatcher, Downing Street Years, p 793.
- [10] Mijail Gorbachov, Memorias, Plaza y Janés, 1996, p 817.
- [11] Ibid. p 1065.
- [11] Timothy Garton-Ash, 1989, New York Review of Books, 5 de noviembre, 2009.
- [12] Julio Crespo MacLennan, Forjadores de Europa, p 376.
- [12] Ibid. p 140-145.
- [13] Ibid. p 161
- [14] Ibid. p 322.
- [12] Robert Schneider, Los últimos años de Mitterrand, p 74.
- [13] Margaret Thatcher, Downing Street Years, p 799.
- [14] Julio Crespo MacLennan, Forjadores de Europa, p 355.

[Volver](#)

Resumen:

El objetivo de este artículo es analizar la actitud de los representantes de las cuatro potencias involucradas en la división de Alemania más el representante alemán, ante la caída del muro de Berlín y sus consecuencias. Describirá la sorpresa que supuso la caída del muro en 1989 tanto para como para el resto del mundo, y cómo el canciller alemán la utilizaría para lanzar un plan de reunificación de su país. La reunificación de Alemania era en principio inaceptable para las potencias que derrotaron a los nazis en 1945 y por lo tanto sólo fue posible mediante un pacto entre sus representantes. El artículo analizará cómo fue posible llegar a este pacto mediante el cual el tratado de Yalta quedaría invalidado y hasta qué punto las expectativas de los cinco estadistas que acordaron la reunificación de Alemania iban a verse cumplidas veinte años después.

Palabras clave:

François Mitterrand, Margaret Thatcher, George Bush, Mijail Gorbachov, reunificación alemana, Alemania, Muro de Berlín.

Abstract:

The aim of this article is to analyse the attitude of the representatives of the four powers involved in the division of Germany, plus the German representative, before the fall of the Berlin wall, and its consequences. It will describe the surprise that the fall of the Berlin wall constituted, for Helmut Kohl, Margaret Thatcher, François Mitterrand, George Bush and Mijail Gorbachev as much as for the rest of the world, and how the German chancellor was going to take advantage of this historic event to launch a plan for his country's reunification. The German reunification was in principle unacceptable for the powers that defeated Nazi Germany in 1945 and for this reason it was only possible by means of a pact between its representatives. This article will analyse how it was possible to reach a pact by which the Yalta treaty was going to be invalidated and to what extent the expectations of the five statesmen who reached an agreement on the German unification would be met twenty years after.

Keywords:

11/04/2011

Fundación José Ortega y Gasset

François Mitterrand, Margaret Thatcher, George Bush, Mijail Gorbachov, German reunification, Germany, Berlin Wall.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Artículos

HANNAH ARENDT Y LA ANTICIPACIÓN DE LA CAÍDA DEL MURO

Agustín Serrano de Haro

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

Puede decirse con cierto fundamento que entre los contados pensadores y filósofos políticos que acertaron a vislumbrar de forma anticipada el desplome del Muro de Berlín se encuentra justamente la pensadora y filósofa que fue Hannah Arendt. Es verdad que la anticipación fue tanta –pues data de 1958- que, para empezar, el Muro todavía ni siquiera había sido levantado. Ocurre además que ella apuntó con nitidez esta posibilidad de un desmoronamiento global del socialismo llamado “real” sólo en medio de otras posibilidades que también valoraba como factibles en la incertidumbre política de la Guerra Fría. Y, en fin, lo cierto es asimismo que la predicción del posible desplome, que con llamativa exactitud habría de cumplirse treinta y un años después, no nacía de ninguna teoría general, ya fuese del socialismo o del capitalismo, ya de la evolución de las sociedades o de la marcha de la Historia, sino más bien de determinados acontecimientos a los que, eso sí, ella se atrevió a mirar con atención; esta detenida y penetrante atención a lo ya acontecido era la que le impedía subsumir, por vías más o menos rápidas, los hechos y su sentido en teorías generales o tópicos políticos al uso. En resumidas cuentas, la pensadora judía, que desdeñaba por igual las filosofías de la Historia y la ciencia política empírica y predictiva, y que contaba de antemano con que el porvenir nos es siempre desconocido, previó como pocos/as el lejano y contingente derrotero de los acontecimientos de 1989.

El testimonio fundamental en que baso esta afirmación se encuentra en las “Reflexiones sobre la Revolución húngara”, un largo artículo que apareció a principios de 1958 en el *Journal of Politics* y que analizaba los asombrosos sucesos del otoño de 1956 en Hungría. Aunque escrito al calor de la grandeza de los acontecimientos y de la enorme tragedia final, no debe pensarse que se trataba sólo de un ensayo ocasional o de circunstancias –si esta publicación me permite esta expresión-. La prueba es que en ese mismo año de 1958 el ensayo, corregido y ampliado, fue incorporado ni más ni menos que a la segunda edición en inglés de *Los orígenes del totalitarismo*, y en ella se convirtió no sólo en el capítulo decimocuarto sino en el “epílogo” a la magna obra¹. De hecho, en la compleja estructura descriptiva e interpretativa del libro, Arendt pareció tantear en este epílogo una categoría intermedia entre el análisis del imperialismo decimonónico –tema del segundo volumen- y el del totalitarismo del XX –tema del tercero-: “imperialismo totalitario” sería ahora la fórmula conceptual para la novedad relativa del sistema soviético de satélites, y en el que se enmarcaba el aplastamiento a fuego de la revolución húngara. En todo caso, el último párrafo de este ensayo-epílogo –que no fue luego incorporado a la traducción española de 1974- puede leerse a día de hoy, en efecto, como un certero vislumbre de los memorables acontecimientos de 1989. Conviene, pues, empezar por citar en integridad este párrafo final:

“Las señales de peligro de 1956 tuvieron, con todo, suficiente entidad, y aunque hoy hayan quedado ensombrecidas por los éxitos de 1957 y por el hecho de que el sistema fue capaz de sobrevivir, no sería prudente olvidarlas. Si auguran algo en absoluto, sería mucho más un repentino y dramático colapso de todo el régimen que una normalización gradual de él. Tal desarrollo catastrófico no ha de traer necesariamente el caos, como hemos aprendido de la Revolución húngara, por más que sería ciertamente imprudente esperar del pueblo ruso, tras cuarenta años de tiranía y treinta de totalitarismo, el mismo espíritu y la misma fecundidad política que mostró el pueblo húngaro en su hora más gloriosa”².

Lo que el párrafo llama, en la perspectiva del sistema soviético de dominación, “señales de peligro de 1956” hace referencia a esas apenas dos semanas en que el aparato comunista de poder se vino literal e íntegramente abajo en Hungría: sin encontrar quién lo defendiera desde dentro y por tanto sin peligro de guerra civil –el régimen no conservó más apoyo que la policía política de observancia moscovita-, sin causar apenas pérdidas de vidas humanas... En la secuencia de los hechos, la rebelión se produjo además a partir de pacíficas manifestaciones callejeras, de estudiantes universitarios en primer término, a las que se fue sumando masivamente todo el pueblo –obreros de las fábricas y oficiales del ejército incluidos-; no hubo disputas partidistas ni partidos semi-organizados –por entonces toda forma de organización política llevaba ya años eliminada-; tampoco hubo programas ideológicos ni reivindicaciones o manifiestos determinantes, pues la palabra “libertad” estaba tan llena de contenido que marcaba un completo proceso de acción; junto a la libertad, sólo la palabra “verdad” tuvo también protagonismo esencial. Los desconcertantes sucesos húngaros coincidieron, además, con el conato simultáneo de rebelión en Polonia, que, sólo en vista de la invasión posterior de Hungría, pudo ser parada “a tiempo” por las autoridades del país. También entonces, pues, rondó la posibilidad del contagio o comunicación a todo el Este y Centro de Europa. Pero en cualquier caso, como bien se advierte, el balance de un primer paralelismo con los sucesos pacíficos y arrolladores de 1989 no es nada despreciable.

Los “éxitos de 1957” que el texto menciona apuntaban, en cambio, hablando de nuevo en la misma perspectiva soviética, a la supervivencia posterior del propio sistema de satélites, a su “normalización”, aunque precaria, a través de las divisiones armadas extranjeras. A ello se añadían ciertos éxitos tecnológicos rusos de aquel año, y *eo ipso* propagandísticos, e incluso contaba como éxito la constatación de que el atractivo del comunismo no había sufrido un quebranto decisivo por los acontecimientos del 56; no al menos en África y Asia –¿lo sufrió acaso, en medida importante, en Europa Occidental?-.

Por otra parte, que el efímero colapso del comunismo institucionalizado no llevó al caos, que la revolución popular

no dio paso a la destrucción y al desorden ingobernable, no sólo lo destacaba con detalle el ensayo de Arendt, sino que le servía a su autora para reivindicar el sistema político de consejos populares, elegidos en la base en votación directa, y luego como escala piramidal por sufragio interno: tal sería el modelo político siempre buscado por las "revoluciones espontáneas" y democráticas y siempre traicionado –aprovechaba Arendt-. Quizá en este último punto el paralelismo con el 89, que rápidamente buscó la homologación con las instituciones occidentales, sí se disipa, pero, en cambio, llama de nuevo la atención la lúcida reserva de Arendt en punto a que acontecimientos similares a los húngaros no podían esperarse en la propia Rusia, como si aquí la herencia convergente del totalitarismo estalinista y de la tiranía consolidada desactivaran tal posibilidad. No sé yo si la ausencia de algo parecido a "revolución de terciopelo" en la Unión Soviética y el propio curso de los acontecimientos entre 1989 y 1991, y quizá hasta hoy, no confirman de algún modo también este último apunte arendtiano. Pero volvamos con ello a lo principal.

Una de las claves de la lucidez premonitrice de Arendt a este respecto estriba, a mi juicio, en la circunstancia de que la teórica del totalitarismo no ponía el foco central de su análisis en la estructura económica y social de los países comunistas. Más bien al revés, observaba la centralización de la organización económica y la colectivización por principio de las unidades de producción y distribución y el control burocrático omnimodo, como instrumentos en el diseño de una sociedad enteramente dominada; la cual era, a su vez, la condición de una posible y posterior deriva totalitaria, o bien de una recaída en el totalitarismo -de lo que Arendt seguía viendo signos amenazantes en la Unión Soviética de Kruschev-. Si el comunismo soviético hubiera sido ante todo un modelo social alternativo, dispuesto a competir con el mundo capitalista en la producción de bienes y a desafiarlo pacíficamente por su capacidad de distribución igualitaria de tales bienes, la comparación entre los logros de ambos modelos y la determinación de sus líneas internas de evolución hubieran sido los factores decisivos a la hora de la comprensión y valoración políticas. De algún modo, una gran mayoría de economistas, sociólogos, politólogos y pensadores, "orientales" y "occidentales", sí primaron esta dirección, y en función de ella auguraron o la convergencia de ambos modelos o la consolidación de una tercera vía original, o directamente el declive inevitable del capitalismo. Pero si la ordenación completa de la vida económica y social servía a la detentación y ampliación del poder, y si la justificación del ejercicio omnimodo del poder era básicamente ideológica, y si con ello los individuos, aunque también las realidades nacionales, se tornaban verdaderamente en "material humano" de la organización ideológica del poder, si todo ello era el caso, se entiende algo mejor que pudiera surgir una rebelión-revolución no ya a instancias de las penurias materiales sino en nombre de la libertad y de la verdad – estos conceptos "anticuados" frente al aparato ideológico-. Arendt presta reconocimiento inmediato a los testimonios de esos grupos privilegiados del régimen que encabezaron la sublevación en Hungría, a propósito de que "vivían entre mentiras" y estaban hartos de las mentiras. Pues, en efecto, el poder reconocer cuál era el verdadero estado de las cosas -de la soberanía nacional o de la economía nacional; o de los procesos judiciales en las altas esferas, o de la actuación de la policía, o de lo que fuera- exigía a la vez pensamiento y libertad de pensamiento, y con ella libertad de reunión y de discusión y de expresión; todo lo cual era, para el régimen en el poder, sinónimo de crimen y traición. Como se encarga de subrayar Arendt, para éste el peligro no venía tanto del ejercicio del pensamiento y de su posible influencia, cuanto de que la realidad fáctica tuviera una vía de acceso al discurso político, que de inmediato pondría en riesgo la construcción ideológica de la realidad y de la verdad por el poder.

Y por cierto que también a este respecto cabe un salto concorde hasta la última década de vigencia del comunismo en Europa, después también de la Primavera de Praga. Pues el ensayo compuesto por Vaclav Havel en uno de sus encarcelamientos: *El poder de los sin poder* constituye quizá el mejor análisis del comunismo posttotalitario en su funcionamiento cotidiano. El estudio arranca, como quizá se recuerde, con el caso del humilde tendero de comestibles que sigue poniendo en su establecimiento los eslóganes proletarios que le han sido asignados, y sigue acudiendo a las reuniones de barrio y del ramo del partido, y sigue sumándose a las manifestaciones y coreando las consignas; y que por supuesto no cree en nada de todo ello y sabe que todo ello –el hombre nuevo, la sociedad reconciliada, la prosperidad futura, la fraternidad de pueblos socialistas- oculta sólo la amenaza de brutal represión sobre quienquiera que se atreva a declarar lo que casi todos comparten: que todo lo que se dice y hace es mentira. El análisis de Havel sostiene que el comunismo normalizado conseguía de este modo, sin necesidad ya de la adhesión militante, sin tampoco la movilización perpetua de la década totalitaria, algo único, a saber: que las víctimas del poder fueran al propio tiempo los instrumentos de su sostenimiento, los vehículos de su consolidación y vigencia colectiva. Y el escritor checo destacaba también cómo justamente por ello el puro acto de decir la desnudez del rey cobraba un alcance político insospechado, al amenazar con propagarse a los propios instrumentos y vehículos del poder, es decir, al resto de sus víctimas; de aquí que la tentación a reconocer la realidad tuviera que ser reprimida preventivamente.

Con la agudeza habitual en ella, Arendt quiso también destacar, al analizar la re-normalización de Hungría, el orden muy significativo en que procedió la persecución política. Una represión implacable cayó en primer lugar sobre los Consejos Revolucionarios, que habían canalizado el movimiento de rebelión y resistencia; se persiguió, a continuación, a los sectores intelectuales implicados; en cambio, los nuevos sindicatos libres, que habían sustituido a los del aparato del partido, tuvieron ya una muerte más lenta y suave; y finalmente, en el ámbito de la organización económica, y en particular de las colectivizaciones, se admitieron algunas correcciones provisionales de la situación anterior. La contradicción con la ortodoxia marxista, que declara la acción política y la vida intelectual estructuras superpuestas a la realidad económica, no puede ser más evidente. Pero es que "con independencia de lo que el mundo libre pueda pensar sobre lo que está en juego en su conflicto con el totalitarismo, los propios dictadores totalitarios han mostrado en la práctica saber muy bien que la diferencia de sistemas económicos, lejos de constituir el núcleo duro de desacuerdo final, viene a ser lo único en que son posibles concesiones"³.

Ya que Arendt no vivió lo suficiente para celebrar con gozo el desmoronamiento pacífico del comunismo soviético y del ominoso sistema de sus satélites, quizá podamos nosotros, en homenaje a ella y en homenaje a la disidencia intelectual y cívica que hizo posible –por una vez- el final feliz, recoger las palabras lúcidas que ella pronunció sobre la Revolución aplastada en Hungría y hacerlas ahora nuestras como si hubieran descrito cabal y premonitrice la caída del siniestro Muro: "Si alguna vez hubo una cosa tal como la «revolución espontánea»

de Rosa Luxemburgo –ese súbito alzarse de un pueblo oprimido por mor de su libertad, y apenas por nada más: sin que el caos desmoralizador de una derrota militar lo preceda, sin técnicas de *coup d'état*, sin un aparato bien ajustado de organizadores y conspiradores, sin la propaganda socavadora de un partido revolucionario-, es decir, si alguna vez hubo lo que todo el mundo –conservadores y liberales, radicales y revolucionarios- había desechado ya como un noble sueño, entonces nosotros hemos tenido el privilegio de ser sus testigos”⁴.

[Volver](#)

NOTAS

1. En la tercera edición norteamericana de *Los Orígenes del Totalitarismo*, de 1966, el “Epílogo” fue suprimido por el interés de Arendt en preservar mejor la unidad temática fundamental de la obra.
2. Arendt 1958b, p. 120.
3. Arendt 1958b, p. 106.
4. Arendt 1958b, p. 71.

[Volver](#)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, Hannah (1958a). “Totalitarian Imperialism: Reflections on the Hungarian Revolution”. *Journal of Politics* 20, 5-43.
- Arendt, Hannah (1958b). “Epilogue: Reflections on the Hungarian Revolution”. *The Origins of Totalitarianism*. New York: Meridian. Trad. española de Agustín Serrano de Haro: “Reflexiones sobre la Revolución húngara”. *Karl Marx y la tradición del pensamiento occidental*. Madrid: Encuentro, 2007, 67-120.
- Havel, Vaclav (1979). *Moc bezmocných*. Londres: Palach Press. Trad. de Vicente Martín Pindado: *El poder de los sin poder*. Madrid: Encuentro, 1990.

[Volver](#)

Resumen:

El largo ensayo que Arendt dedicó en 1958 a la Revolución aplastada en Hungría en 1956 contenía una prefiguración explícita de la posibilidad de que el sistema de dominación soviético en Centroeuropa y Europa experimentase un repentino derrumbe político, es decir, justo lo que ocurrió en 1989. Esta anticipación se vinculaba a un certero análisis de la estructura de poder en que descansaba el comunismo normalizado.

Palabras clave:

Arendt, Revolución húngara, Muro de Berlín.

Abstract:

The long essay from 1958 that Arendt devoted to the crushed Revolution in Hungary in 1956 offered an explicit anticipation of the possibility of a sudden political breakdown of the soviet domination in Central and Eastern Europe, that is, just what happened in 1989. Such an anticipation is linked to Arendt's acute analysis of the structure of power on which “normalized” communism was based.

Keywords:

Arendt, Hungarian Revolution, Berlin Wall.

[Volver](#)[Imprimir](#)

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Artículos

EL DISIDENTE POLÍTICO SEGÚN JAN PATOČKA

José Lasaga

[Resumen-Palabras clave](#) / [Abstract-Keywords](#)

- 1.- Introducción
- 2.- Biografía de Jan Patočka
- 3.- Platonismo negativo y socratismo afirmativo
- 4.- La carta 77
- 5.- Intelectuales y disidentes
- 6.- El disidente patočkiano

"Un espectro recorre Europa oriental... Lo llaman disidencia"

Václav Havel

1

Aunque la vida y obra del filósofo checo Jan Patočka no son muy conocidas en España fuera de los círculos fenomenológicos, su importancia como filósofo no ha hecho más que crecer desde su muerte, en condiciones dramáticas, el 13 de marzo de 1977, de resultas de un largo interrogatorio policial. Autor de una sólida obra de reflexión sobre las cuestiones centrales de la fenomenología, seguidor y, al mismo tiempo, crítico de Husserl y Heidegger, su obra dio un giro inesperado cuando en los últimos años de su vida, expulsado por segunda vez de la universidad Carolina de Praga por las autoridades comunistas, desarrolló en cursos y seminarios privados —y algunos de ellos clandestinos, una suerte de *samizdat* académica—, un análisis del momento histórico por el que atravesaba Europa, buscando comprenderlo desde la relación entre sus raíces filosóficas en Grecia, encarnada en la obra y el ejemplo de Sócrates, Platón y Aristóteles, y su actualidad política, cuya circunstancia inmediata a Patočka venía dada por la dictadura comunista que acababa de ser restaurada en Checoslovaquia *manu militari*.

2

Nació en Turnov, norte de Bohemia, en 1907 en lo que todavía era el Imperio Austrohúngaro. Estudió filosofía en la Universidad Carolina de Praga. Viajó a París para ampliar estudios en la Sorbona y allí conoció a Husserl, a quien fue presentado por Alexander Koyré. En 1932, gracias a una beca, estudia en Alemania. Después de pasar por Berlín, marchará a Friburgo para ampliar estudios con Husserl; asiste también a las lecciones de Heidegger, estableciendo contacto con las dos fuentes de inspiración filosófica que van a determinar su trayectoria como pensador. En 1934 es nombrado secretario del Círculo Filosófico de Praga. De esos años viene su amistad con el famoso lingüista Roman Jakobson y la invitación a Husserl para pronunciar una conferencia. Un año después dará un ciclo de conferencias sobre "La crisis de la humanidad europea y la filosofía", de cuya minuciosa reelaboración saldrá en 1954, publicado póstumamente por Walter Biemel, el justamente famoso libro *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. En 1939 comienza la larga experiencia totalitaria de Patočka. Los nazis ocupan Praga y se produce el cierre de la universidad Carolina, por la que era doctor en filosofía desde 1929 y profesor poco después [ii]. Terminada la guerra, disfrutará de un breve periodo de docencia entre 1945 y 1948. Las nuevas autoridades comunistas encontraron poco acorde con los nuevos tiempos su magisterio universitario, dedicado a la filosofía griega. No volverá a dar clase hasta la "primavera de Praga": "En este año sesenta y ocho tiene lugar la segunda restitución de Patočka al profesorado y, en un plazo de meses, (...) su tercera destitución, acompañada de la prohibición de salir al extranjero" (Serrano, 1993: 98), terminando para siempre su vida profesional en una institución pública, aunque, como hemos adelantado, continuaría dictando seminarios y conferencias en régimen de semiclandestinidad.

Entre ambos periodos de docencia, Patočka pudo realizar cierta actividad profesional, al hallar trabajo en la Biblioteca Masaryk y posteriormente en el Instituto de Investigación de la Academia de Ciencias, interviniendo en la edición de las obras del gran pedagogo Comenius. En 1958 es nombrado miembro de la mencionada Academia de Ciencias, lo que le abrió la posibilidad de viajar al extranjero aceptando las invitaciones que le llegaban desde algunas universidades alemanas.

Desde que en la República Checoslovaca se implantó una democracia popular, tutelada por la Unión Soviética, hubo en la vida profesional del Patočka dos periodos perfectamente definidos, separados por el acontecimiento, esperanzador primero y traumático después, de la liberalización del régimen comunista desde dentro, por obra de Dubcek, secretario general del Partido, y de su aplastamiento por el ejército soviético que tomó militarmente el país e impuso una nueva dirección comunista. A pesar de la prohibición de enseñar por sus orígenes burgueses y

la falta de entusiasmo marxista, Patočka halló la forma de convivir con el régimen, refugiándose en una especie de exilio interior, dedicado a sus investigaciones fenomenológicas y a profundizar en conocimientos históricos que aparentemente nada tenían de "peligrosos" para el sistema comunista; de modo que el partido dejaba en paz a Patočka y Patočka no cometía el absurdo de enfrentarse a un Estado que, bajo la promesa de traer el paraíso a la tierra, ejecutaba poco a poco un proyecto de dominación total.

Pero conviene tener sentido histórico y dejar en suspenso lo que hoy en día sabemos después de 1989. La expansión soviética al oeste y el peso que los partidos comunistas tuvieron en las recién estrenadas democracias de la Europa continental, después de 1945, no hubieran sido posible sin una especie de "creencia" compartida en que el comunismo representaba la vía de liberación de los pueblos y la superación de un pasado de guerras y opresión. ¿Fue una alucinación colectiva^[iii]? El liberalismo y el espíritu de la democracia habían parecido, justo antes de 1939, mero atrezzo descartado por la historia, al menos fuera de los países anglosajones. El socialismo, en cualquiera de sus versiones radicales, disfrutaba desde 1917 de su idilio con la Historia y aun tenía camino por delante. También conviene recordar que en la pequeña nación centroeuropea, el partido comunista llegó al poder con las bendiciones de la joven generación de intelectuales que veían en él al destructor de todo lo caduco y perverso del pasado, el fascismo y su aliada, la burguesía. Las democracias occidentales habían dejado que Hitler anexionara Checoslovaquia al Reich alemán en 1938. Y había sido el victorioso Ejército Rojo quien había barrido al odiado ocupante nazi. Era muy fácil ver en el comunismo la fuerza histórica que encarnaba la liberación de la injusticia y la promesa del progreso. Muchos de los protagonistas de la "primavera de Praga", contemporánea del mayo parisino, último brote revolucionario netamente izquierdista, fueron comunistas convencidos que un día tuvieron su caída del caballo camino de Damasco^[iv]. Después de la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia en el verano de 1968 ya no fue posible ninguna forma de contemporización: el comunismo se mostraba a plena luz del día, al menos de puertas adentro, como lo que muchos sospechaban que era: una ficción ideológica destinada a justificar la expansión imperialista ruso-soviética. El historiador británico Toni Judt escribe, terminante: "Pero nunca más y esta fue la verdadera lección de 1968 (...), nunca más sería posible sostener que el comunismo descansaba en la voluntad popular, o la legitimidad del Partido reformado, o incluso las lecciones de la historia"^[v].

Si entre 1948 y 1968 Patočka pudo coexistir, como la mayoría de sus conciudadanos, con el régimen comunista, no le fue posible después. Sabemos poco de su actividad, posterior a su tercera expulsión de la universidad, pero en cambio sí conocemos la evolución que experimentó su pensamiento filosófico. En los seminarios que dictó desde principios de los setenta y hasta su muerte a un grupo siempre pequeño de estudiantes, colegas y amigos, fue desarrollando una filosofía de la historia y una reflexión política sobre el destino de Europa profundamente original que hallamos en sus dos últimos libros *Platón y Europa* y *Ensayos heréticos sobre Filosofía de la Historia*^[vi]. La idea esencial es que la filosofía tiene una misión de verdad que no puede aplazarse o ignorarse frente al poder político. La recuperación de la figura histórica de Sócrates y sus reflexiones sobre el proceso a que le somete la democracia ateniense, son las claves para una filosofía de la disidencia que tuvo no sólo su discurso, sino su plasmación histórica en las decisiones que tomó posteriormente y de las que hablaremos a continuación.

3

"En la fundación platónica del *ideal de la filosofía como vida en la verdad* (...) hay, a mi criterio, algo tan fundamentalmente importante y tan radicalmente nuevo que, en cierto sentido, aún hoy vivimos de ellos" (1991: 94). Patočka se remontaba a la crisis de la polis ateniense y la respuesta que buscó la filosofía a través del ejemplo vital de Sócrates, la reflexión teórica de Platón sobre el alma como un movimiento que exige un cuidado y la crítica de Aristóteles del planteamiento del filósofo-rey, al postular que la política es una actividad humana contingente, que escapa entonces a la normatividad de la razón. La historia de Europa no sería sino el despliegue en el tiempo de la propuesta platónica del "cuidado del alma", un legado que llega hasta nosotros a través de saltos, transformaciones y desvíos, fijándose en las formas sociales y políticas que le tocó en suerte adoptar en cada época^[vii]. La primera conferencia del seminario sobre "Platón y Europa", al que pertenece la cita que acabamos de dar, terminaba diciendo: "La cuestión que vamos a plantearnos será, pues, la siguiente: ¿no es hoy día el cuidado del alma —parte fundamental de la herencia europea— capaz de interpelarnos, a nosotros, que tenemos necesidad de encontrar un apoyo en medio de la debilidad general y de la aquiescencia ante la decadencia" (1991: 19-20). Conviene reparar en la intencionalidad apenas oculta de estas últimas palabras. Las reflexiones sobre Sócrates y su enfrentamiento con el Estado ateniense no eran presentadas a sus oyentes como una cuestión historicista sino como una versión filosóficamente rica y compleja y sobre todo actual, del eterno interrogante que se hace el intelectual, el hombre de ideas: ¿qué hacer?

La forma que dio a sus preguntas teóricas y la coherencia existencial con que asumió las consecuencias de las respuestas que halló hacen de Patočka un "intelectual" absolutamente excepcional en la nutrida cohorte de estilos y formas de entender la vida del espíritu en tiempos sombríos, para jugar con la expresión que Hannah Arendt —que tanta importancia tuvo para la evolución teórica de Patočka, acuñó para hablarnos de sus héroes intelectuales^[viii]. Como veremos en su momento, pues es el asunto del presente escrito, Patočka alcanzó el raro privilegio de vivir de acuerdo con sus ideas, aun cuando éstas le obligaron a sacrificios extremos. Las decisiones que tomó en los últimos años de su vida como la de no exiliarse, cuando pudo hacerlo, o convertirse en portavoz de la Carta 77 fueron inferencias existenciales de sus reflexiones sobre el conflicto perenne del filósofo, que recibe el mandato divino de decir la verdad, y la polis caída bajo la pulsión tiránica. De esa imposible articulación de teoría y praxis, donde la conciencia reflexiva y crítica del hombre libre que asume su destino, dicta, sin miedo a las consecuencias ni cálculos utilitarios, el orden de la acción, surge una filosofía de la historia, una ética y una política y hasta una visión del intelectual.

En 1935, un joven Patočka que no había cumplido los treinta años escribió. "La filosofía ha llegado a un punto en que no podemos limitarnos a unas preguntas y a unas respuestas por más que estas se formulen con toda energía, ya que el filósofo no puede avanzar sin abogar él mismo por una decisión"^[ix]. Dedicó su vida a hacer realidad dicha frase. Fichte había escrito con razón y Ortega repitió con perplejidad que "filosofar es no vivir"^[x]. Ambos pensaban en la filosofía especulativa, en la filosofía como un sistema de enunciados que aspira a

aprehender el mundo y no en la filosofía como un compromiso con la verdad frente a la vida falsificada por la política desde sus raíces. En este sentido, sí que Patočka es una excepción a la regla de la vida intelectual al conseguir que sus acciones y omisiones encarnen su filosofía. La extrema, casi dolorosa lucidez de sus últimos ensayos no procede sólo de la agudeza de su inteligencia, de la amplitud de sus lecturas o del cuidado y la perseverancia en su trabajo sino de la valentía de sus decisiones y del riesgo en que vivía sus mañanas y sus noches. En lo que sigue expondré algunas reflexiones sobre la "esencia" del disidente político tal como la teorizó y la encarnó en la circunstancia histórica que le tocó en suerte vivir.

El ejemplo que le sirvió de guía no fue el Platón que abandona la polis para poder seguir filosofando, sino el Sócrates que asume la defensa de su oficio intelectual frente a los jueces que le acusan de corromper a los jóvenes y se enfrenta al poder para denunciar su injusticia y su arbitrariedad, poniendo conscientemente en juego la propia vida. Lo que domina en Atenas, después de que ha sido vencida por Esparta, no es la democracia restaurada que fingían las apariencias, sino "una mentalidad extremadamente tiránica...". Detrás del aparente respeto a la ley y las convenciones sociales esa mentalidad aspira, en realidad "a apoderarse del máximo posible de bienes, lo cual, en último análisis significa apoderarse de otros ciudadanos. Pero convertirse en amo de otros ciudadanos es convertirse en tirano. Ser tirano es el último ideal del ciudadano ateniense medio de esa época. Esto es lo que Sócrates ha descubierto" (1991: 102). ¿Está haciendo Patočka una descripción de la situación que vive la República Checa en los setenta? Apenas cabe la duda. Sabemos que estas reflexiones fueron seguidas de su decisión de hacerse portavoz de Carta 77.

4

La disidencia política en la Checoslovaquia normalizada por la policía del Estado y por la anomia social no era precisamente fácil. La mayoría de la población estaba deprimida, después de que hubieran resultado fallidas las medidas liberalizadoras. Por lo demás, las autoridades procedieron con cierta astucia a la hora de reprimir a la oposición. Por un lado autorizaron la salida al exilio de los que quisieron irse[xi], y por otro, hicieron aparecer como "aguafiestas" a los disidentes que reclamaban libertades políticas, al tiempo que se permitía cierta actividad económica al margen de los canales oficiales, lo que se traducían en una mejora efectiva del nivel de vida[xii].

En esta situación nada favorable, donde sólo un puñado de hombres y mujeres se oponía al sistema, aceptó convertirse en el tercer portavoz de la Carta 77, un escrito que, firmado por unas doscientas personas, se dirigió a las más altas instituciones de la nación, concretamente a la Asamblea y al Gobierno Federal, para denunciar la violación sistemática de los derechos civiles de sus ciudadanos, que el gobierno de la República acaba de ratificar al firmar el Acta Final de los acuerdos de Helsinki. El primer portavoz de la carta era Václav Havel, por entonces conocido escritor de teatro y disidente que en la primavera de 1975, había dirigido al presidente Husák, nombrado por los soviéticos para pilotar la "normalización", una carta protestando por la falta de respeto del gobierno a los derechos ciudadanos. El mandatario no contestó. Hizo como si la carta no hubiese sido enviada, pero alguien la copió y se difundió en *samizdat*. Su biógrafa considera que la misiva marcó el comienzo de "una nueva etapa en la historia de Checoslovaquia" (Kriseová, 1993: 143). Quizá no le falte razón si tenemos en cuenta que fue el primer acto de desafío al poder, seguido, dos años después, de la justamente famosa Carta 77, también inspirada e impulsada por Havel[xiii], aunque en esta ocasión no se trató de una intervención individual, sino de una conspiración bastante elaborada. El segundo portavoz era un político experimentado, el ex ministro comunista Jiri Hájek, enfrentado al partido desde la invasión. Y el tercero fue Jan Patočka. Havel evoca las circunstancias de su elección: "No me acuerdo quien propuso a Patočka como tercer portavoz (pudo haber sido Jan Nemeč), pero sí que Jiri y yo apoyamos su candidatura y explicamos a los que no lo conocían bien lo que podía aportar. Nos parecía una personalidad equivalente a la de Hájek, solo que proveniente de un medio no comunista y que aportaría a la Carta una dimensión ética –lo que resultó ser completamente cierto"[xiv].

Ser portavoz de un escrito que no tenía más razón de ser que el de provocar directamente al Estado todopoderoso significaba asumir libre y responsablemente el papel de víctima ejemplar para mostrar a la luz pública la indignidad y falta de legitimidad del gobernante. La carta se presentó en enero de 1975. Inmediatamente los tres portavoces fueron detenidos y sometidos a largos interrogatorios. En ocasiones eran puestos en libertad a las seis de la mañana, después de haber sido interrogados durante todo el día y volvían a ser detenidos pocas horas después. Patočka murió en su casa después de un interrogatorio particularmente duro, que le produjo un derrame cerebral, el 13 de marzo de 1977. Cuenta la leyenda que el gobierno ordenó cerrar las floristerías para que el cementerio donde fueron a reposar sus restos no se abarrotara de flores.

5

Podría decirse que antes de 1968 Patočka, en su condición de filósofo, se comportó como un intelectual y que después se convirtió en un disidente políticamente activo. Ralf Dahrendorf en su ensayo *La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria*[xv] le otorga categoría de "intelectual erasmiano", aunque considera que el ideal se cumple con más perfección en las tres figuras que a su juicio lo llevan a plenitud: Isaiah Berlin, Karl Popper y Raimond Aron. Patočka no se comprometió a través de sus obras en la defensa de las libertades, no fue un resistente de entrada, sino que eligió el camino de la emigración interior, "característica de intelectuales que pueden tener una proyección pública", aunque "se retiran a un ámbito de actividad intelectual, que, al menos de momento, les protege de los zarpazos de la Gestapo o de la Satasi" (Dahrendorf, 2009: 119). Esto es válido para buena parte de la trayectoria vital de Patočka, quien asumió como un destino impuesto la dictadura comunista y procuró desempeñar su actividad filosófica, ajeno a toda acción política, sin chocar con el sistema, aunque manteniendo su independencia[xvi]. Sufrió represalias por ello, como la prohibición de enseñar o que su hijo no pudiera acceder a una formación superior.

Patočka encaja perfectamente en la descripción ideal del intelectual que hace Dahrendorf en el capítulo que dedica a Erasmo de Rotterdam como modelo y precedente del intelectual que resiste la tentación de sacrificar su libertad por un plato de lentejas: "Ser capaz de no dejarse apartar del propio rumbo aun en el caso de que uno se quede solo, estar dispuesto a vivir con las contradicciones y los conflictos del mundo humano, tener la disciplina de un espectador comprometido, que no se deja comprar, y una entrega apasionada a la razón, como instrumento de conocimiento y de acción" (Dahrendorf, 2009: 87). Aunque Dahrendorf examina la figura de

Patočka con simpatía creo que le faltó estudiar más de cerca los textos de la última época. Habría descubierto en ellos una nueva concepción de la libertad, perfectamente compatible con la de sus héroes liberales pero dotada de una profundidad y una plenitud que sólo nace de situaciones extremas, como la que le fue dado vivir a Patočka y a muchos de los disidentes del mundo comunista.

Uno de los últimos escritos de Patočka se titula "El hombre espiritual y el intelectual"^[xvii]. En él leemos que intelectual es quien practica un oficio en relación con las ideas, el sofista de la tradición occidental. El hombre espiritual es aquel que ha adquirido un compromiso con la verdad y descubierto el vínculo que une entre sí libertad y sacrificio. En realidad, describe aquí, usando un lenguaje de cierto tecnicismo filosófico, la evolución espiritual que él mismo experimentó al comprender, en función de los acontecimientos que siguieron al fracaso de 1968, que no era ya factible, moralmente hablando, permanecer en el refugio de la academia. No era posible seguir imitando a Platón, quien había aprendido de su maestro Sócrates que si el filósofo declara la verdad en un Estado totalitario, controlado por la ideología y el miedo, el Estado necesariamente destruirá al filósofo tal y como le ocurrió a Sócrates cuando desafió a los jueces atenienses con sus discursos de defensa. Patočka se refiere al "programa de los que sobreviven a Sócrates" y lo describe en los siguientes términos: "a partir de ese momento es imposible participar en la vida de la ciudad, es menester reservarse las fuerzas con vistas al proyecto de una comunidad distinta, de un Estado en que el filósofo pueda proporcionar asistencia, tanto a sí mismo como a los demás, en que el filósofo no se vea obligado a morir". Una vez más, creo que el texto de Patočka nos habla a dos niveles, el inmediato, en que interpreta la vigencia de la filosofía platónica a partir de su concepción del alma como algo que no es sino que deviene, en un movimiento hacia el mundo que exige a cada cual su cuidado, y al filósofo "una investigación continuada"; y un segundo en que habla de su propia situación existencial en relación con su condición de intelectual en el marco de la ciudad tiranizada. El Estado, observa, no es para Platón sino una excusa: "El Estado suministra un punto de partida para el desarrollo del problema del alma" (1991: 106). Dicho de otro modo: el problema del alma y el Estado son la misma cosa. Este es el descubrimiento filosófico que exige el paso hacia atrás, hacia los orígenes del conflicto, que termina dando en su filosofía y en su vida Jan Patočka.

Contemplando el periodo de tiempo que va de 1948 a 1968, Patočka podía describirse a sí mismo como otro de los sobrevivientes a Sócrates que trabaja en silencio, sin hacer excesivas concesiones al tirano, de tal modo que mantiene intacta su dignidad personal. Encaja con el intelectual erasmiano de Dahrendorf, en su modalidad de exilio interior. La primavera de Praga pudo ser sentida por los filósofos checos como el momento en que por fin el filósofo se salva a sí mismo y "presta socorro a los demás a través de su obra de investigación continuada" (Ibid.); y su fracaso, como el colapso teórico y práctico de que el Estado pudiera ser reformado desde dentro. El intelectual platónico descubre que nunca verá llegar el día en que pueda ayudar a la comunidad. Entonces se interpela a sí mismo y llega a la conclusión de que el modelo a seguir no es Platón sino su maestro Sócrates. Es menester enfrentarse a la polis si es que queremos seguir siendo filósofos. El cuidado de la propia alma resulta ser, en una situación de tiranía, idéntico al problema del Estado. El intelectual debe transformarse en otra figura más compleja y misteriosa para los usos sociales del siglo XX: el hombre espiritual, capaz de sacrificio.

6

Cuando Dahrendorf reflexiona sobre las virtudes que debe poseer el intelectual erasmiano, la primera que le atribuye es la valentía, necesaria para "un luchador solitario por la libertad", pero no ignora que la valentía de que hace gala el intelectual tiene un límite: "cuando hablamos de valentía, no nos referimos al martirio" (Dahrendorf, 2009: 68). Este es el punto en que el intelectual ilustrado de las sociedades abiertas se detiene. El contexto secularizado de la modernidad hace impensable la combinación de intelectualidad y martirio, aunque no la de persecución. El martirio en cuanto que muerte que da testimonio de una fe presupone la existencia de esa fe y la de una comunidad, que no encaja ni con la búsqueda crítica de la verdad ni con el individualismo de nuestras sociedades industriales. Pero el disidente, tal y como lo conocemos desde que apareció en la Unión Soviética, practica un sacrificio en una situación intelectual de aislamiento, en defensa de una verdad que exhibe antes las marcas de la contingencia que las de la verdad revelada y que no es recibida por ninguna comunidad o iglesia previamente constituida, ni siquiera hay una opinión pública accesible a la que pueda remitir sus declaraciones y de la que pueda recibir orientación o reacción^[xviii].

Otro límite que sirve para marcar la diferencia entre el intelectual de las sociedades abiertas y el disidente es que al segundo no le es posible intervenir en la vida pública como mero espectador comprometido que busca algo que falta en su sociedad y en su tiempo, un ideal. La condición de posibilidad de que tenga sentido vivir como intelectual es que existe la verdad o el ideal a cuya búsqueda se entrega. Puede dudar de que disponga o halle en su pesquisa los instrumentos adecuados; puede ser que la razón falle o que las circunstancias históricas empujen dicha búsqueda al fracaso. Pero no duda que hay algo llamado "verdad" y que su búsqueda merece la pena aunque nunca se encuentre. Este escepticismo de la razón (y de sus métodos) hay que distinguirlo de otro escepticismo que podríamos llamar "de la realidad" (o nihilismo), que ha surgido exclusivamente en el siglo XX y que de alguna forma está relacionado con los sistemas totalitarios. Se está en ese escepticismo ontológico cuando se cree que la realidad no existe de suyo, o que es infinitamente dócil a una ideología que la redefine a su antojo o a un poder técnico que la manipula hasta no dejar nada detrás de su intervención. La mejor descripción de esta forma de ver la realidad la dio Hannah Arendt cuando descubrió en la entraña del totalitarismo, la convicción de que "todo es posible". Una calculada combinación de ideología y terror podía destruir las diferencias entre realidad y ficción, hasta hacerlas indiscernibles incluso en la vida cotidiana: "El objeto ideal de la dominación totalitaria, escribe Arendt, no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción (...) y la distinción entre lo verdadero y lo falso" (Arendt, 1974: 574).

Havel comprendió, gracias precisamente a Patočka, quien había leído atentamente a Arendt^[xix], el valor subversivo que la verdad tiene en los sistemas totalitarios. La verdad puede convertirse en una especie de "troyano" para el totalitarismo, por la simple razón lógica de que lo que muestra la apariencia como apariencia es la realidad desnuda: "Hasta que la apariencia no se confronta con la realidad, no parece una apariencia, hasta que la 'vida en la mentira' no se confronta con la 'vida en la verdad', falta el punto de referencia que revele su

falsedad (...) En el sistema posttotalitario, por tanto, la 'vida en la verdad' no tiene sólo una dimensión existencial (restituir el hombre a sí mismo), noética (revelar la realidad como es) y moral (ser un ejemplo), sino que tiene también una evidente dimensión *política* (Havel, 1990: 42-43). La diferencia entre el intelectual en una sociedad abierta y el disidente es que el primero vive en un mundo de racionalidad perspectivista, donde hay numerosas versiones sobre lo real, pero la realidad conserva, por decirlo así, su independencia, de modo que permanece intacta la posibilidad de una confirmación, prueba o, incluso, revelación que permita identificar a una de las interpretaciones como verdadera o probablemente verdadera. El disidente tiene que comportarse como un racionalista crítico (popperiano, por ejemplo) en un mundo hiperracionalizado en donde la ideología ha borrado cuidadosamente toda diferencia entre hecho e interpretación, idea y cosa, ficción y realidad[xx]. La ideología lo explica todo porque reinventa *post eventum* el pasado, que a veces es retocado de acuerdo con la necesidad política coyuntural y construye "científicamente" el porvenir. La emisión de opiniones en un sistema totalitario se reduce a repetir lo fijado por el canon o a entrar en conflicto con él. No hay término medio. El intelectual tiene ante sí dos caminos: convertirse en ideólogo o en delincuente, esto es, en disidente.

Y si la verdad experimenta esa obliteración, otro tanto ocurre con la libertad. Dahrendorf se equivoca, a mi juicio, cuando interpreta las siempre difíciles palabras de Patočka sobre el "hombre del subsuelo", una figura de existencia que describe en los siguientes términos: "El hombre del subsuelo se ha ganado a pulso la libertad, pero una libertad negativa, y el contenido de su existencia es, simplemente, la nada (...). Y así nos invade (...) un profundo tedio, un hondo desinterés, una insensibilidad para con todo y con todos" (Citado por Dahrendorf, 2009: 122). El ensayista alemán acierta al comprender que Patočka habla del hombre que habita un mundo configurado desde el grado cero del nihilismo[xxi], que resulta de la situación que hemos descrito más arriba: la imposibilidad de distinguir la realidad de la ficción, lo que conduce a la vida enclaustrada en la propia subjetividad, único lugar en que todavía es posible hallar algún tipo de certeza. A lo que hay que añadir la atomización y aislamiento del yo por el miedo y la desconfianza. Pero se equivoca cuando cree que Patočka habla de su propia experiencia como intelectual cercado a quien su ciudadela interior se le ha vuelto irrespirable: "Patočka queda enredado, casi sin esperanza alguna, en los padecimientos del "hombre del subsuelo" y sin embargo, busca una salida" (Ibid.). Es al revés. Porque encontró la salida a través de una filosofía altamente especulativa que le condujo a la acción, ha comprendido a su conciudadano, al hombre común, transformado en hombre-masa[xxii]. El hombre del subsuelo no "padece" sino que existe en una vida vaciada de sentido espiritual, reducido a las rutinas cotidianas de trabajar y divertirse en los momentos de ocio, "sin meterse en problemas", cuidando su pequeña hacienda y consumiendo todo lo necesario. Patočka no hace una reflexión existencial sobre el hombre moderno sino un análisis político de la sociedad checa "normalizada" en la que hacen su aparición extraños personajes como el "último hombre" del que hablara Zaratustra[xxiii].

Al comprometerse políticamente, Patočka experimentó en la realidad lo que ya había teorizado en sus seminarios: que la vida en la mentira es el mecanismo que vacía de sentido la libertad porque no hay ni elección ni responsabilidad, cuando todo está sometido al juego del dominio tiránico, que por el simple hecho de respetar su ley te convierte en cómplice. Entonces, el gesto del disidente que decide enfrentarse al sistema restaura la realidad del mundo al llevar a cabo un acto libre que desafía los principios behavioristas basados en el miedo y el cálculo de utilidades. Lo que hace tan peligroso al disidente para el movimiento totalitario es que, como ya hemos dicho, arruina su fundamento mismo y muestra su fracaso antropológico: no ha sido capaz de destruir la dimensión espiritual del hombre, no ha culminado con éxito la tarea, que tuvo en Stalin su más enérgico promotor[xxiv], de diseñar, gracias a la ingeniería de almas, cuyos laboratorios eran los campos de concentración, al "hombre nuevo", habilitado para vivir el experimento del sistema totalitario, que solo puede salir adelante, como vio Havel, si hace cómplice a todos los ciudadanos. Al aceptar las reglas del juego, al someterse al orden establecido por más que sus normas sean injustas o absurdas, el juego sigue adelante, y lo hace posible[xxv].

Por contra, disidente es el que se niega a seguir con el juego. Y con ello adquiere un extraño poder sobre el Estado pero paga un alto precio, no sólo porque pone en peligro los medios de vida propios y los de la familia y amigos, sino porque la cárcel, el destierro, la tortura y la muerte son posibilidades que pueden llegar en cualquier momento. Cuando Patočka, en la conferencia que mencionamos en el § 5 reflexionó sobre la diferencia entre el intelectual y el hombre espiritual, trazaba, a mi parecer, el semblante del disidente tal y como lo habían hecho nacer las circunstancias concretas de la "normalización" checoslovaca en el largo invierno que sucedió a la escasa primavera. Su entraña residía en su disposición para el sacrificio. No habla de martirio, pero el término elegido alude a que ya no estamos en el terreno del intelectual erasmista sino en el del "espiritual" que hace la experiencia del sacrificio. La consistencia más propia de la disidencia, que cuadraría a la descripción que venimos haciendo a partir de los análisis de Patočka y Havel sería la siguiente: el disidente es el intelectual que se expone a lo negativo y se mantiene al descubierto" (Patočka, 2007: 253). Procuremos aclarar este complejo concepto de "negatividad" que domina los últimos escritos de Patočka, hasta el punto de estar uno tentado de calificar su filosofía última de una metafísica de la negatividad.

Patočka resumió el principio de su antropología de la resistencia espiritual al describir la libertad como "algo negativo (...). La libertad implica que lo humano no es sólo exigir y querer más y más, sino justo lo contrario"[xxvi]. "Lo contrario" lo define como "negación y superación", donde prima la negación, invirtiendo así el tópico de las dialécticas hegeliana y marxista. Y si profundizamos en qué hay detrás de ese "justo lo contrario", pensamos que debe estar la idea de sacrificio. Así como Arendt en *La condición humana* descubrió la dimensión política de instituciones morales como la promesa o religiosas como el perdón[xxvii], Patočka descubre la dimensión política del sacrificio[xxviii], entendido como la situación en que "algunos hombres son capaces de comprometerse hasta el extremo" a partir de una acción que comporta "una absoluta negación y entrega de sí mismo", cuya condición es vivir y aceptar vivir en el conflicto, asumiendo que sólo hay "resolución del conflicto mediante el conflicto"[xxix].

Esos hombres capaces de sacrificio son los disidentes y así lo reconoce Patočka en el comienzo del Cuarto Seminario: "Cuando he considerado el sacrificio, tenía en mente sobre todo lo que podíamos ver en hombres como los rusos Solzhenitsin o Sajarov. Son hombres que actúan desde el punto de partida cuyo lema es: 'Hasta el final, que puede llegar en cualquier momento'" (2007: 332). Se trata, pues, de una instalación en la vida más allá

de cualquier preocupación personal o cualquier cálculo sobre ganar o perder, en la aceptación de lo que la época histórica fuerza a ser al sujeto dispuesto a atender su verdad profunda. Esta es la enseñanza de los disidentes rusos en los que se fija Patočka. Han asumido la comprensión del siglo XX que nuestro filósofo describe en el último capítulo de sus *Ensayos heréticos* como "Las guerras del siglo XX y el siglo XX como guerra". Lo que comenzó con la Gran Guerra, en cuyo seno se produjo la revolución bolchevique de 1917, no ha terminado hoy (Praga, 1975, el presente en que escribe Patočka). "La forma que actualmente ha tomado la guerra es una medio paz (...) Es importante comprender que es precisamente aquí donde se interpreta el verdadero drama de la libertad; la libertad no empieza 'solamente después', una vez terminada la lucha; por el contrario, su lugar está precisamente en esa lucha..." (1988: 159). La libertad que no se asume en medio del conflicto y, por decirlo así, para hacerle decir lo que en verdad es, es la libertad negativa y vacía del hombre del subsuelo, del nihilista instalado en su cotidianidad banal y consumista. A este hombre-masa contraponen Patočka su modelo de héroe-disidente inspirado en la figura de Sócrates y en el mandato platónico del cuidado del alma: "El hombre que obra así, lo hace por el bien (...) Su situación es análoga a la de Sócrates y en ella se muestra la dimensión esencial que presupone todo esto" (2007: 326).

Después de una compleja evolución intelectual, la exigencia del cuidado del alma se convierte, sin dejar de ser por ello búsqueda filosófica de la medida del bien, en un imperativo de acción política en la situación extremadamente dramática que acabamos de describir. Pudiera parecer que Patočka plantea cuestiones trascendentes al orden de la política concreta, pegada a la actualidad, pero no es así. En la última fase de su producción, cada enunciado que escribe posee, sin mezclarse, una lectura filosófica sistemática y otra política activa. Es fácil advertirlo en la reflexión que hace sobre el sentido específicamente político que adquiere la acción del disidente-espiritual: "El hombre espiritual, evidentemente no es político en el sentido corriente del término, no toma partido en las controversias que dominan ese mundo. Sin embargo es político en un sentido totalmente diferente, y no puede no serlo, pues arroja ante el rostro de esa sociedad, y lo que de ella depende, la *no-evidencia de la realidad*" (2007: 263). Frente a la política normal, que solo es posible en las sociedades abiertas, el disidente se ve obligado a hacer la "gran política" de confrontar la "vida en la verdad" con la vida en la mentira. El espacio de esa confrontación cruenta fue las comisarias, los tribunales de justicia y las cárceles, psiquiátricos o campos de internamiento. Su suelo, la aceptación del conflicto como forma de existencia, sin esperar su superación, y su instrumento, el sacrificio de sí mismo y la comprensión de la realidad histórica.

Cuando en 1989 se derrumbó el sistema comunista, la forma que adoptó en Checoslovaquia es conocida hoy como "Revolución de terciopelo". Su héroe fue Václav Havel, presidente de la nueva república poco después, y su mártir Jan Patočka, muerto de un infarto cerebral, después de un interrogatorio policial especialmente duro. Independientemente de las causas económicas, geoestratégicas, etc. que condicionaran la caída del Muro de Berlín, la vida del espíritu tiene su propia lógica y ésta no es incompatible, a mi juicio, con la afirmación de que la verdad revelada en el sacrificio de los disidentes ayudó a destruir el "sistema posttotalitario" que la utopía comunista de la luz había imaginado como final y culminación de la historia.

[Volver](#)

Referencias bibliográficas

- Applebaum, Anne (2003), *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, Mondadori-Debolsillo, 2006
- Arendt, Hannah (1966), *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974.
- (1958), *La condición humana*, Barcelona, Seix Barral, 1974.
- (1968), *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 2001.
- Casanova, Marina (2000), "Intelectuales de la disidencia y literatura 'samizdat' en Checoslovaquia", *Espacio, Tiempo y Forma*, serie V, 2000, 313-333.
- Dahrendorf, Ralf (2005), *La libertad a prueba. Los intelectuales frente a la tentación totalitaria*, Madrid, Trotta, 2009.
- Díaz Álvarez, Jesús M. (1995), "Patočka: el sentido de la historia, el cuidado del alma y la comprensión de la Modernidad", en *Investigaciones Fenomenológicas* 1, 1995, 63-84.
- Furet, François (1995), *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, F.C.E., 1995.
- Havel, Václav (1979), *El poder de los sin poder*, Madrid, Sígueme, 1990
- (1986) *Interrogatório à distância*, Lisboa, Inquerito, 1990.
- Judt, Tony (2005), *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
- Kourím, Zdeněk (1982), "En memoria de un filósofo checo", *Diálogos*, Puerto Rico, 1982, 143-148. (Contiene una traducción del ensayo de Patočka "Los héroes de nuestro tiempo" (2002: 343 y ss.)
- Kriseová, Eda (1993), *Václav Havel. El reto de la esperanza*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003.
- Milosz, Czeslaw (1953), *El pensamiento cautivo*, Barcelona, Tusquets, 1981.
- Nietzsche, Friedrich (1892), *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 1972.

Ortega y Gasset, José (1983), *Obras completas*, Madrid, Alianza & Revista de Occidente, 1983.

Patočka, Jan (2002), *Libertad y sacrificio*, Salamanca, Sígueme, 2007.

— *Platón y Europa*, (1973), Barcelona, Península, 1991.

— *Ensayos heréticos* (1987), Barcelona, Península, 1988.

Ricoeur, Paul (1975), "Prólogo" a *Ensayos heréticos*, Barcelona, Península, 1988, pp 7-16.

Serrano de Haro, Agustín (1993), "Semblanza del filósofo checo Jan Patočka. Introducción a su pensamiento", *Ciencias humanas y sociedad*, Madrid, 1993, 89-99.

Westerman, Frank (2002), *Ingenieros del alma*, Madrid, Siruela, 2005.

[Volver](#)

NOTAS

[i] La *samizdat* o edición clandestina de textos prohibidos por las autoridades fue inventada en la Unión soviética a mediados de los sesenta, cuando cobra fuerza el movimiento de disidencia, que hizo de las "ediciones caseras", que es lo que significa el término en ruso, uno de sus mejores instrumentos de resistencia. Aunque en su origen fue un fenómeno exclusivamente literario, un informe del KGB de 1971 habla de "más de 400 estudios sobre cuestiones económicas, políticas y filosóficas que critican desde varios ángulos la experiencia de la construcción socialista en la Unión Soviética..." (Applebaum, 2006: 531). Libros como *Archipiélago Gulaj* de Alexander Solzhenitsin aparecieron editados en este sistema. Más tarde la práctica del *samizdat* fue imitada con notable eficacia en el resto de los países del Imperio soviético, destacando Polonia, por el desarrollo y calidad de sus imprentas clandestinas y Checoslovaquia por la intensidad que alcanzó el fenómeno. Para una historia de la *samizdat* en la República popular de Checoslovaquia, véase Casanova, 2000: 325 y ss.

[ii] Los datos biográficos aquí resumidos proceden de Agustín Serrano de Haro (1993) y de Jesús M. Díaz Álvarez (1995). También hemos tenido a la vista la primera noticia que se publicó en castellano sobre nuestro filósofo en Kourin (1982).

[iii] El libro de François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* intenta responder a esta pregunta y lo hace reconociendo que "no fue algo parecido a un error de juicio, que con la ayuda de la experiencia se puede reparar, medir, corregir; más bien fue una entrega psicológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico" (Furet, 1995: 11).

[iv] Czeslaw Milosz en un ajuste de cuentas con su pasado intelectual, ironizó sobre la fascinación que la dialéctica marxista podía ejercer sobre los "hombres de letras": "El Estado es gobernado por filósofos; aunque, por supuesto, no se trata de filósofos en sentido tradicional de la palabra, sino dialécticos (...) Al enemigo burgués exento de preparación filosófica se le desprecia por su hereditaria incapacidad para pensar (pues las clases condenadas por las leyes de la historia desaparecen a causa de que sus cerebros están paralizados). Los límites del Imperio avanzan constatare y sistemáticamente hacia Occidente. Se invierten en las investigaciones científicas sumas de dinero sin precedente. Se trabaja para crear un reino que se extenderá por todos los pueblos de la tierra. ¿Es demasiado poco todo esto? Sin duda, es todo lo que hace falta para fascinar al intelectual. Mientras contempla este proceso, el fatalismo histórico echa raíces en él. Y en uno de sus raros momentos de sinceridad, podrá confesarse cínicamente: 'Apuesto a este caballo. Es bueno. Me llevará lejos'" (Milosz, 1953: 45).

[v] Judt, 2005, p. 650.

[vi] Patočka 1991 y 1988.

[vii] "En resumen, lo que acabamos de describir como la gran metafísica del mundo antiguo esconde en sí los gérmenes de los que pueda vivir en las difíciles transformaciones que habrán de seguir. La metafísica surgida de una situación histórica determinada —la situación de decadencia de la *polis*, de decadencia de Atenas—, da forma a una herencia que podrá sobrevivir en esta *polis* decadente, que sobrevivirá también a la decadencia del mundo helenístico y contribuirá a la formación, después de la decadencia del Imperio Romano, de Europa en el sentido estricto del término. La sobrevivencia de la herencia, naturalmente, es al mismo tiempo su transformación, pero el fundamento metafísico persiste. Y he aquí algo asombroso, el dominio de la vida europea se extiende, se generaliza, sobre ese fundamento" (Patočka, 1991: 123)

[viii] Me refiero al libro *Hombres en tiempos de oscuridad* (Arendt, 1983).

[ix] Citado en Kriseová, 1993: 165. También en Kourin, 1982: 144.

[x] Ortega, 1983, VII, 364.

[xi] El caso más notable es el de Milan Kundera pero después de la invasión soviética tomaron el camino del exilio hasta ochenta mil checos y eslovacos (Judt, 2005: 649).

[xii] "Con la 'normalización' el país entró en una época de tinieblas, de frustraciones, de apatía, de resignación. El ciudadano ya no estaba obligado a creer en el comunismo, sino a convivir con el partido. (...) Sin embargo, el partido siguió manteniendo el monopolio económico, el reparto de riquezas, de promociones, de empleos, en función de la fidelidad de los ciudadanos. Fue un arma más poderosa que la violencia porque cuando fue utilizada, el socialismo se había convertido en una sociedad de consumo". Casanova, 2000: 323.

[xiii] "El texto fue redactado por un equipo, pero ya a primera vista se aprecian las plumas del profesor Patočka y de Václav Havel" (Kriseová, 1993: 165). No es muy conocido que el origen del movimiento de protesta que culminó en la redacción y distribución de la Carta 77 está en la decisión de Havel y otros disidentes de solidarizarse con un grupo de música *underground* llamado *The Plastic People of the Universe*, cuyo promotor conocía a Havel. Cuando los componentes del grupo fueron detenidos y sometidos a un proceso penal, el manager le pidió consejo. Havel decidió apoyarlos. Había comprendido que el sistema cometía un error. Los músicos carecían de conciencia política, no eran disidentes, pero aún así eran perseguidos porque no encajaban en el diseño ideológico de la sociedad sin clases. Su música era burguesa y occidentalizante. La inmensa mayoría de los jóvenes, amantes de la música rock, carentes de conciencia política, no podían entender que se les persiguiera y encarcelara por llevar el pelo largo y tocar guitarras eléctricas. Havel comprendió que era una ocasión única para lanzar una campaña de defensa de los derechos humanos que probablemente sería apoyada fuera de los círculos de los disidentes ya habituales, de donde resultó Carta 77.

[xiv] Havel, 1990: 116-117

[xv] Dahrendorf, 2009.

[xvi] Havel recuerda que Patočka "nunca había intervenido directamente en la vida política o ciudadana y nunca había entrado en confrontación con el poder. Era reservado, moderado, casi tímido (...) Estaba consagrado a su trabajo filosófico y hacía lo posible por preservarlo. Pero también sabía –por lo menos así lo entendí yo– que un día su pensamiento tenía que reflejarse en sus actos" (Havel: 1990: 116)

[xvii] Patočka, 2007: 249–271. Concedo mucha importancia a este texto, como síntesis final y esclarecimiento de la filosofía política de nuestro autor, incoada tanto en el curso "Platón y Europa" como en sus *Ensayos heréticos* terminados justo antes de la redacción del escrito que nos ocupa y cuyo lenguaje, mucho más técnico desde el punto de vista filosófico, es mucho menos transparente que la exposición que lleva acabo aquí.

[xviii] Aunque el disidente llega a serlo porque alguien recibe el testimonio de su protesta. Sólo que nunca es su propia sociedad quien acoge la llamada (de socorro), pues no está en condiciones de hacerlo, sea por miedo sea por apatía.

[xix] De hecho, los *Ensayos heréticos* parten de una atenta lectura de *La condición humana* de H. Arendt, aunque Patočka reinterpreta las categorías fundamentales de que se sirve la escritora alemana para diseñar su antropología. Véase el prólogo de Paul Ricoeur a la edición española de los *Ensayos* (Ricoeur, 1988: 8 y 12.

[xx] Se trata por tanto de un popperiano que vive en un mundo en que la falsación de hipótesis constituye un delito de lesa Estado.

[xxi] Parafraseando a Nietzsche, podríamos definir el manoseado término diciendo que en nuestro contexto significa "nada de realidad".

[xxii] "Nunca antes habíamos tenido una época de masas tan colosales como concienciadas, tan conscientes de su carácter de masas. Esto supone una acumulación de materia y de fuerza de inercia que puede transformarse en una energía de movimiento irresistible. La apertura del planeta, la caída catastrófica del dominio europeo, el avance vertiginoso de la técnica, así como la interminable cadena de revoluciones, guerras y acciones terroristas o anarquistas... todo esto son etapas de la masa liberada en movimiento" (Patočka, 2007: 243-344). Aparte de las referencias a la concepción de la técnica de Heidegger, el texto revela la influencia de Arendt, que también había establecido la conexión entre masa y totalitarismo: "Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una razón u otra, han adquirido el apetito de organización política" (1974: 392). Y ambos muestran una notable coincidencia con algunas de las tesis centrales de *La rebelión de las masas*, como la relación entre la intervención de la masa en política y la crisis europea, el que el acontecimiento más importante del siglo XX consista en la intervención activa de las masas como tales en política o, en suma, "la sublevación moral de las masas" (Ortega, 1983, IV: 151. Véase a modo de ejemplo "VIII. Por qué las masas intervienen en todo y por qué sólo intervienen violentamente" (1983, IV: 186 y ss).

[xxiii] Véase el § 5 del Prólogo de Zarathustra: "La gente continua trabajando, pues el trabajo es un entretenimiento (...) ¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio" (Nietzsche, 1972: 39).

[xxiv] En una reunión con escritores convocada por Gorki en 1932 y a la que asistió Stalin, éste se dirigió a aquellos en los siguientes términos: "Nuestros tanques son inútiles (...) cuando quienes los conducen son almas de barro. Por eso afirmo que la producción de almas es más importante que la producción de tanques". Y poco después añade: "La vida transforma al ser humano y vosotros tenéis que colaborar en la transformación de su alma. La producción de almas humanas es de suma importancia. ¡Y por eso alzo mi copa y brindo por vosotros, escritores, ingenieros de almas" (Westerman, 2005: 49)

[xxv] Cfr. Havel, 1989: 27

[xxvi] Patočka, 2007: 341

[xxvii] Cfr. "La imposibilidad de predecir y el poder de la promesa" (Arendt, 1974: 319 y ss); "La irreversibilidad y el poder de perdonar" (1974: 310 y ss).

[xxviii] Sobre la dimensión ontológica del sacrificio, como aquello que hace posible la comprensión cfr., Patočka, 2007: 326 y 327.

[xxix] Patočka, 2007: 338, 327, 325.

[Volver](#)

Resumen:

En el contexto de la crisis del comunismo, y de su colapso en 1989, en torno al acontecimiento simbólico de la caída del muro de Berlín, estudiamos la figura del filósofo checo Jan Patočka en relación con sus reflexiones sobre la figura del disidente político, entendido como "hombre espiritual" y en contraste con el intelectual de las sociedades abiertas. Nos servimos para ello de los análisis sobre el totalitarismo de Hannah Arendt y de Václav Havel y de las consideraciones de Ralf Dahrendorf sobre los intelectuales liberales que no sucumbieron a la tentación totalitaria.

Abstract:

In the context of the crisis of communism and its collapse in 1989, around the symbolic event of the fall of the Berlin Wall, we are studying the figure of the Czech philosopher Jan Patočka in connection with his reflections on the figure of the political dissident, understood as "spiritual man" and in contrast to the intellectual man of open societies. We are using the analysis of totalitarianism in the works by Hannah Arendt and Václav Havel and the considerations of Ralf Dahrendorf on liberal intellectuals who did not succumb to the totalitarian temptation.

Palabras clave:

Intelectual, disidente, Carta 77, cuidado del alma, Sócrates, totalitarismo, libertad, verdad.

Keywords:

Intellectual dissidents, Charter 77, care of the soul, Socrates, totalitarianism, freedom, truth.

[Volver](#)[Imprimir](#)

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Reseñas y noticias bibliográficas

Para consultar un artículo, selecciónalo en el **menú de la derecha**.

- Luis Grau: *Orígenes del constitucionalismo americano / Selected Documents Illustrative of the American Constitutionalism*.
Por Manuel Martínez Neira
- María Rosa de Madariaga: *Abd el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*.
Por Margarita Márquez Padorno.

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Reseñas y noticias bibliográficas

LUIS GRAU: ORÍGENES DEL CONSTITUCIONALISMO AMERICANO / SELECTED DOCUMENTS ILLUSTRATIVE OF THE AMERICAN CONSTITUTIONALISM.

Madrid: Universidad Carlos III : Dykinson, 2009. 3 vols.

Por Manuel Martínez Neira

Al concluir la segunda guerra mundial, los intelectuales italianos se esforzaron en pasar la página del fascismo y fundamentar la nueva sociedad democrática que la Constitución de 1948 diseñaba. Pero fueron conscientes de las propias carencias y, entre ellas, de la falta de conocimiento del liberalismo anglosajón que, en definitiva, había ganado la contienda. Esta doctrina política fue vista por algunos como una vacuna contra el totalitarismo, tanto el recién superado, como el que podía venir de manos de la URSS. Una editorial como Il Mulino debe explicarse en este proyecto y ahí encontramos al profesor boloñés Nicola Matteucci.

Cuento esto porque Matteucci dedicó parte de sus esfuerzos intelectuales a investigar el constitucionalismo americano y, en concreto, sus orígenes coloniales, dejándonos algunas visiones de conjunto que hoy pueden considerarse clásicas: *Organización del poder y libertad*, Madrid : Trotta, 1998.

En España abandonamos el franquismo sin tener mucha cultura liberal anglosajona, aunque en los años transcurridos hasta hoy se ha hecho un esfuerzo enorme de estudio y edición de clásicos de esa corriente, y también de difusión de su constitucionalismo. El libro de Luis Grau, sin duda, supone una pieza esencial en ese camino.

Los tres volúmenes de la obra, con sus casi 2.000 páginas, nos ofrecen una edición bilingüe de 100 textos ordenados cronológicamente que delinean la historia constitucional americana en sus orígenes, desde la Primera Carta de Virginia de 1606 hasta las declaraciones de derechos y constituciones de finales del siglo XVIII. Los dos primeros están dedicados al periodo colonial (1606-1754) y el tercero al revolucionario (1765-1787). Cada documento viene precedido de una breve introducción en la que el autor nos ofrece información sobre el título original del texto, su datación, las fuentes utilizadas y su contexto histórico.

Pero la tarea de Grau no sólo ha sido seleccionar, ordenar, introducir y traducir (de un inglés antiguo y plagado de abreviaturas). Desde el comienzo se ha encontrado con el problema de la fijación del texto inglés de unos documentos muchas veces editados en los Estados Unidos. Aunque los especialistas, leemos en la introducción de la obra, habitualmente utilizan los siete volúmenes de la edición de Francis N. Thorpe encargada por el Congreso en 1906 y publicada hace 100 años, en 1909, se trata de una obra no siempre fiable, pues los criterios de edición que se utilizaron para su redacción fueron muy laxos. Tampoco se han cuidado éstos en ediciones más recientes, como el conocido *Project Avalon* de la Universidad de Yale. Por eso ha tenido que rastrear las distintas publicaciones de cada documento, cotejarlas y proponernos un texto en inglés anotado con las variantes más significativas.

El esfuerzo ha merecido la pena y ahora tenemos por vez primera en español un corpus documental para comprender la originalidad de la experiencia constitucional americana, que no surgió de la noche a la mañana, que se fue formando en los siglos de «frontera» y que en ellos fue adoptando soluciones concretas: *the American promise*.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Reseñas y noticias bibliográficas

MARÍA ROSA DE MADARIAGA: ABD EL-KRIM EL JATABI. LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Madrid: Alianza Editorial, 2009, 556 p.

Por Margarita Márquez Padorno

El protectorado español de Marruecos y la Guerra del Rif, sucedidos en el primer tercio del siglo XX, es uno de los episodios de la Historia que más tópicos ha producido en el imaginario colectivo de los españoles. Durante muchas décadas, la sola mención de lugares como el Barranco del Lobo, Monte Arruit o Annual recreaban en las mentes de los presentes terribles y trágicas historias que los periódicos o las narraciones familiares les habían ayudado a formar. Canciones, poemas y memorias de los protagonistas redondearon la creación de las leyendas y oscurecieron los hechos históricos. Y de todos estos mitos quizás el que más repercusión tuvo en España en los años 30 y 40 fue el nombre de Abd El-Krim, tomado como ejemplo de la traición al pasar de ser el "moro amigo" a liderar la resistencia contra el protectorado.

Con estos mimbres y mostrando un estado de la cuestión lamentable sobre los estudios publicados hasta el momento sobre el personaje y la época, la historiadora María Rosa de Madariaga, nos invita a conocer la biografía de Abd El-Krim ahondando tanto en su vida pública como familiar desde una perspectiva histórica mucho más aséptica y profesional consultando directamente los archivos y desechando las fuentes secundarias por haberlas encontrado plagadas de errores, falsedades e incluso invenciones que malean el contenido veraz que éstas pudieran tener. También Madariaga ha contado con excelentes fuentes orales, entre las que destaca el testimonio de la hija menor del biografiado, Aicha El Jatabi quien le facilitó a la autora no sólo valiosa información del entorno privado de Abd El-Krim sino también interesantes fotografías que se publican por primera vez en esta edición.

La biografía está ilustrada con un marco histórico muy brillante poniendo la autora el lector en los antecedentes de la región donde nació su protagonista remontando el relato de los habitantes de la bahía de Alhucemas, en el corazón del Rif, el montañoso territorio al norte de la actual Marruecos, hasta la antigüedad. El largo y a la vez resumido recorrido cronológico de la región rifeña da paso al entorno coetáneo del personaje, el panorama internacional tras la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias en el norte marroquí y los avatares de Abd El-Krim y su familia. Más polémicos resultan los siguientes apartados, pues si bien los datos que Madariaga ofrece en los capítulos que abordan el enfrentamiento de Abd El-Krim -ya como cabeza de la insurrección- y la extensión del conflicto a la zona francesa son veraces y de fuentes directas, no suena demasiado convincente la conclusión de la autora sobre las causas que llevaron a su protagonista no solo a romper las relaciones con España sino a rebelarse abiertamente contra ella.

Además es muy desigual la descripción de los episodios de la guerra del Rif, especialmente cuando sobre las matanzas de Nador, Zeluán y Monte Arruit, se ciñen a dos párrafos de una sola página sin dar apenas datos y sí opinión sobre la intoxicación mediática pero sí detalla en el resto del capítulo numerosos documentos que hacen ver cómo Abd El-Krim había intentado evitar la violencia contra los españoles, intento, por cierto, más que frustrado a la vista de los hechos. Sí relata en cambio de forma muy pormenorizada, la dura respuesta a estas matanzas por parte del ejército español.

La suerte del Norte de Marruecos a lo largo de la vida de Abd El-Krim corre por las páginas de esta biografía tanto en la forja de un nuevo Estado, como en el contexto internacional y, muy destacadamente en los últimos años del líder rifeño, pues la narración de los años del exilio de Abd El-Krim en Egipto es sin duda una de las mejores aportaciones del libro junto con el acercamiento a la familia del político.

El relato y la descripción del personaje son de una factura impecable. Los numerosos datos contrastados que aporta, así como la coherencia de la biografía al mirar al personaje desde las diferentes ópticas vitales e hilada en su tiempo y espacio hacen de esta obra una de las más recomendables para que el lector, versado o no en la materia, se acerque a conocer algo más del polémico y mítico protectorado español en Marruecos.

[Volver](#)

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Colaboran en este número

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

- **Julio Crespo MacLennan.** Historiador y escritor, es *Santander Fellow in Iberian and European Studies*, en el St. Antony's College, de la Universidad de Oxford.

- **José Lasaga Medina.** Catedrático de Filosofía en el Instituto de Bachillerato Lope de Vega de Madrid. Doctor en filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid (1991). Profesor invitado en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Profesor-investigador de la Fundación José Ortega y Gasset. Libros publicados *José Ortega y Gasset. Vida y filosofía (1883-1955)* (Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset, 2003), *Metamorfosis del seductor. Ensayo sobre el mito de don Juan* (Madrid, Síntesis, 2004), *Figuras de la vida buena. Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset* (Madrid, Enigma editores, 2006).

- **Guillermo Á. Pérez Sánchez.** Doctor en Historia Contemporánea —con Premio Extraordinario— por la Universidad de Valladolid y Profesor Titular de Universidad en el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, de América y de Periodismo de la Universidad de Valladolid, y miembro de su Instituto de Estudios Europeos. Ha realizado estancias de investigación y docencia en las Universidades de París X —Nanterre—, París XII —Val de Marne—, La Sapienza de Roma, Instituto Universitario Europeo de Florencia, Universidad Pannonia de Veszprém (Hungría), Universidad Nacional de Rosario (Argentina), Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), Universidad de la República (Montevideo, Uruguay), Universidad Católica de la Santísima Concepción (Concepción, Chile). Es autor de *Crisis, revolución y transición en la Europa del Este* (1999); autor (en colaboración) de *La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración* (1995), *La Europa del Este, de 1945 a nuestros días* (1995), *La Europa Balcánica. Yugoslavia de 1945 hasta nuestros días* (1997), *El mundo en transformación* (1997), *El mundo después de la Segunda Guerra Mundial* (1999), *Derechos Humanos y comunismo* (1999), *La Batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956* (2006); coordinador y director (en colaboración) de *El sueño quedó lejos. Crisis y cambios en el mundo actual* (1993), *Historia del Mundo Actual* (2006), *Los Derechos Humanos, sesenta años después —1948-2008—* (2009). Además, ha publicado artículos y coordinado números monográficos en distintas revistas especializadas: *Investigaciones Históricas*, *Revista de Estudios Europeos*, *Historia 16*, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, *Veintiuno. Revista de Pensamiento y cultura*, *Ayer*, *Pasado y Presente*.

- **Agustín Serrano de Haro.** Científico titular del Instituto de Filosofía del CSIC. Es autor de *Fenomenología trascendental y ontología* (1991) y de *La precisión del cuerpo. Análisis filosófico de la puntería* (2007), y editor de *La posibilidad de la fenomenología* (1997). Ha traducido abundantemente a Husserl, a Hannah Arendt y a Jan Patočka. Ha formado parte del proyecto de investigación "La filosofía después del Holocausto"; ha escrito numerosos artículos acerca de la obra de Arendt.

Imprimir

Circunstancia. Año VIII - N^o 21 - Enero 2010

Normas para el envío de originales

NORMAS PARA EL ENVÍO DE ORIGINALES

1. La extensión total de los trabajos no deberá exceder de 20 páginas (10.000 palabras) en formato Word (Verdana, 10) a doble espacio, incluyendo cuadros, gráficos, mapas y referencias bibliográficas.
2. Los gráficos y cuadros se limitarán al mínimo imprescindible.
3. Cada artículo deberá ir precedido de una página que contenga el título del trabajo y el nombre del autor o autores, junto con su dirección, e-mail y teléfono, así como un breve currículum del autor o autores (no más de 10 líneas). En página aparte se incluirá también un breve resumen (abstract) del trabajo de unas 150 palabras y una lista de palabras clave (keywords), con no más de 8 términos. Tanto el resumen como la lista de palabras clave deben tener una versión en español y otra en inglés.
4. Las notas y referencias bibliográficas irán al final del artículo bajo los epígrafes correspondientes: Notas y Referencias bibliográficas. Estas últimas estarán ordenadas alfabéticamente por autores siguiendo el siguiente criterio: apellido y nombre (en minúsculas) del autor o autores, año de publicación (entre paréntesis y distinguiendo a, b, c, en caso de que el mismo autor tenga más de una obra citada en el mismo año), título del artículo (entre comillas), título de la revista a la que pertenece el artículo (en cursiva o subrayado), lugar de publicación (en caso de libro), editorial (en caso de libro), número de la revista, y páginas (xx-yy, en caso de un artículo de revista o de una contribución incluida en un libro). Cuando se trate de artículos o libros traducidos y se cite de acuerdo con la traducción, el año que debe seguir al nombre del autor será el de la edición original, en tanto que el año de la versión traducida figurará en penúltimo lugar, justo inmediatamente antes de la referencia a las páginas. Las referencias bibliográficas que aparezcan en el texto o en las notas deberán hacerse citando únicamente el apellido del autor o autores (en minúsculas) y entre paréntesis el año y, en su caso, la letra que figure en las Referencias bibliográficas, así como las páginas de la referencia.
5. Los cuadros, gráficos y mapas incluidos en el trabajo irán numerados correlativamente, incluyendo además su título y fuente. Si el cuadro o gráfico se ha realizado en Excel deberá ser importado al texto en forma de imagen.
6. El formato de texto no incluirá ni encabezado ni pie de página.
7. Las reseñas y noticias bibliográficas ocuparán un máximo de 3000 palabras.
8. Los trabajos se enviarán a la siguiente dirección de correo electrónico: circunstancia@fog.es. El Consejo de Redacción acusará recibo de los originales, pero no se compromete a mantener correspondencia sobre los mismos salvo cuando sean aceptados o hayan sido expresamente solicitados. Una vez evaluados los textos originales, se resolverá sobre su publicación en un plazo no superior a cuatro meses desde la recepción. *Circunstancia* se reserva, cuando se estime conveniente, el derecho de introducir mínimos cambios de estilo respetando siempre el sentido del texto.

Imprimir